

Explicación del Ave María

Por el Presbítero D. José María Vilaseca

II Edición

México

IMPRENTA RELIGIOSA DE M. TORNER Y COMPAÑÍA

1ª. de San Lorenzo número 6

1883.

Apuntes de José María Vilaseca sobre el libro *Explicación del Ave María y de la Salve*, en manuscrito *Libro de cuentas de la Biblioteca Religiosa*, 1870; original AGMJ, Fundador, Manuscritos.

2a. El Ave María y la Salve

El buen resultado que tuvo la *Explicación del Padre nuestro* me hizo procurar la *Explicación del Ave María y de la Salve*, obra que aprobó el señor Doctor Don Tomás Barón, Cura Párroco de Cuernavaca. El Señor Arzobispo, viendo que repartíamos gratis la *Explicación del Padre nuestro* así como unas *Meditaciones para todos los días del mes*, no se dejó vencer por generosidad, y él mismo hizo imprimir la *Explicación del Ave María y de la Salve* en la Imprenta del señor Andrade, e imprimieron cinco mil que se distribuyeron en las misiones de México, de Saltillo y de Monterrey; así como se envió una grande cantidad a las Hermanas. El Señor Arzobispo quedó muy complacido de esta obra y vio la luz pública en 1866. 5,000 ejemplares.

1a. edición: *El Ave María y la Salve explicadas por un sacerdote de la Congregación de la Misión de la casa de México*, Imprenta de Andrade y Escalante, Bajos de san Agustín número 1, México, 1866, pp. 1-88.

Solicitud de la licencia de impresión: José María Vilaseca, Cuernavaca, 9 de enero de 1866.

Santa misión de Cuernavaca, 9 de enero de 1866.

Excelentísimo e Ilustrísimo Señor:

Un sacerdote de la Congregación de la Misión ha compuesto dos opúsculos titulados: *El Ave María* y *La Salve*, en los cuales desarrolla una por una las palabras de tan devotas oraciones, exhortando al mismo tiempo a los fieles a que las recen con frecuencia y fervor, conforme la intención de nuestra madre la santa Iglesia; y como él desea darlos a la imprenta, acude para este fin a su Señoría Ilustrísima, para que se digne conceder su superior aprobación y conceda además ochenta días de indulgencia a los fieles que leyeren u oyeren leer cualquiera de sus párrafos y también a los que procuren propagar su lectura.

Dios guarde a su Señoría Ilustrísima muchos años.

El autor.

Pase a la censura: José Joaquín Uría, Pro-Secretario, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Pase a la revisión y censura del Señor Cura Vicario Foráneo Doctor Don Tomás Barón. Lo decretó y rubricó el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Arzobispo. [Rúbrica]

Doctor José Joaquín Uría,

Pro-secretario.

Dictamen del censor: Tomás Barón, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Excelentísimo e Ilustrísimo Señor:

He leído con atención las dos obritas intituladas, la una, *El Ave María*, y la otra, *La Salve*, compuestas por un sacerdote de la Congregación de la Misión, que vuestra Señoría Ilustrísima ha tenido a bien someter a mi censura. Nada encuentro en ellas opuesto a los dogmas de nuestra santa fe ni a los principios de sana moral. En consecuencia, soy de parecer que puede vuestra Señoría Ilustrísima conceder la licencia que se solicita para su impresión, salvo siempre el superior de vuestra Señoría Ilustrísima.

Doctor Tomás Barón.

Licencia de impresión: José Joaquín Uría, Pro-Secretario, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Visto el dictamen que antecede, damos nuestra licencia para que se impriman y publiquen los opúsculos titulados *El Ave María* y *La Salve*, compuestos por un sacerdote de la Congregación de la Misión, con calidad de que antes de que se den al público pasen para su cotejo al Padre Superior de la misma Congregación, el que podrá verificar por sí o por medio de otro eclesiástico de su confianza; y concedemos ochenta días de indulgencia a los fieles que leyeren u oyeren leer cualquiera de sus párrafos.

Lo decretó y firmó el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Arzobispo.

El Arzobispo.

Doctor José Joaquín Uría.

Pro-secretario.

Indulgencias:

Los Ilustrísimos Señores Obispos, Doctor Don Francisco de Paula Vereá, Doctor don Pedro Barajas, Doctor don Carlos María Colina, Doctor don José María Ormaechea y Doctor don Agustín C. Carpena han concedido cuarenta días de indulgencia a los fieles que leyeren u oyeren leer cualquiera párrafo de estos dos opúsculos: *El Ave María* y *La Salve*.

Prólogo de la primera edición en 1866.

Después de haberte presentado, lector carísimo, una explicación de la oración del *Padre nuestro*¹ me ha parecido que no podía hacerte un favor más singular que ofrecerte otra análoga acerca del *Ave María*, para que por medio de ella no sólo alcances de Dios nuestro Señor todo cuanto le hayas pedido en el *Padre nuestro*, sino que también seas un verdadero devoto de la

¹ El opúsculo titulado *El Padre nuestro* se imprimió en México en la imprenta de don José Sebastián Segura, año de 1865.

augusta Madre de Dios y con esta devoción tengas la verdadera señal de tu predestinación eterna. Pídele esta gracia con todo el afecto de tu corazón, mientras que yo consagro este corto trabajo a la mayor honra y gloria de Dios, de la inmaculada santa Virgen María y de nuestro santo Padre san Vicente de Paúl.

El autor.

2a. edición: *Explicación del Ave María y de la Salve*, Imprenta Religiosa de Miguel Torner y Compañía, 1ª de san Lorenzo número 6, México, 1883, pp. 1-86.

Licencia de impresión: José Joaquín Uría, Prosecretario, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Visto el dictamen del Doctor don Tomás Barón, damos nuestra licencia para que se impriman y publiquen las obras tituladas *El Ave María y La Salve*. Lo decretó y firmó el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Arzobispo. M.

El Arzobispo.

Doctor José Joaquín Uría.

Pro-secretario.

Prólogo de 1883.

Después de haberte presentado, lector carísimo, una explicación de la oración del *Padre nuestro*² me ha parecido que no podía hacerte un favor más singular que ofrecerte otra análoga acerca del *Ave María* y de la *Salve*, para que por medio de ellas no sólo alcances de Dios nuestro Señor todo cuanto le hayas pedido en el *Padre nuestro*, sino que también conozcas, como lo deseo, lo que Dios ha dado a María, y seas un verdadero devoto de tan augusta Madre de Dios; y con esta devoción tengas la verdadera señal de tu predestinación eterna. Pídele esta gracia con todo el afecto de tu corazón; mientras que yo consagro este corto trabajo a la mayor honra y gloria de Dios, de ti, inmaculada y divina María y de tu divino y virginal esposo el señor san José.

3a. edición: *El Ave María y la Salve explicadas por un sacerdote de la Congregación de la Misión de la casa de México*, Imprenta hijas de J. F. Jens, san José el Real 12, México, 1901, pp. 1-88.

La solicitud de licencia, la censura, la licencia de impresión y el prólogo son los mismos de la primera edición de 1866.

² El opúsculo titulado *El Padre nuestro* se imprimió en la Imprenta Religiosa de don Miguel Torner y Compañía, Primera de san Lorenzo, núm. 6.

Capítulo 1. Ave María

1. Oración a la santísima Virgen María

En el libro sobre la oración del Padre nuestro,³ te enseñé el modo con que habrías de orar a Dios nuestro Señor; ahora, explicándote el Ave María, pienso instruirte sobre la oración que debes hacer a la santísima Virgen María.

Con el Padre nuestro pedimos a Dios todo cuanto necesitamos; con el Ave María pedimos a la santísima Virgen que nos logre nuestra petición; con aquel pedimos a Dios nos dé lo que hemos menester; con el Ave María acudimos a María, no para que nos dé las cosas como propias, sino en cuanto Dios le ha confiado su distribución; con el Padre nuestro damos a Dios culto de latría porque reconocemos su supremo dominio; con el Ave María damos a esta soberana criatura culto de hiperdulia; porque al paso que reconocemos que no puede concedernos ni las más insignificante gracia, como propia suya, afirmamos que ella sola con sus propios méritos puede logrnarnos más gracia que toda la que pudieran merecernos todos los santos y ángeles juntos.

Por esto la Iglesia, nuestra Madre, exhorta en todo tiempo a los fieles, que acudan a María; por esto se sirve de innumerables medios destinados a inflamar los corazones al amor a María; por esto ha compuesto muchas devociones y se alegra de que sus hijos las practiquen; por esto ha levantado tantas iglesias,⁴ ha consagrado tantos altares y ha erigido tantas cofradías a honra y gloria de María; y por esto, en fin, es sentencia de la Iglesia, que un verdadero devoto de María tiene la mayor señal de su predestinación a la gloria. La oración de súplica dirigida a María santísima es la más necesaria después de la del Padre nuestro; y es también la más conveniente, la más útil, la más deliciosa y la que entraña toda especie de bienes.

Esta oración que se halla admirablemente encerrada en el Ave María, es la que quiero explicarte para inflamarme a mí y después a ti en el amor de María.

2. ¿Qué es el Ave María?

Aunque me vea obligado a confesar que apenas hay quien ignore lo que es la oración del Ave María, y aunque sepa que todos afirman que después del Padre nuestro es la más digna de ser pronunciada no sólo por bocas humanas, sino aun por labios angélicos, con todo, siempre intento decirte algo de tan divina oración.

El Ave María descendió en su mayor parte, del cielo a la tierra; reconoce a un ángel por maestro, y a solo Dios por autor; y es además, el más bello resultado del eterno decreto que escogió a María para ser su madre dignísima. El Ave María es la oración más útil porque se dirige

³ VILASECA J.M., *El Padre nuestro*, México (

⁴ VD 9

a la más tierna Madre; es la más conveniente, porque damos a la Virgen cuanto es capaz de recibir de miserables criaturas; la más provechosa, porque le pedimos lo que más necesitamos, y la más agradable a la Madre de Dios, porque le recordamos sus más gloriosas alabanzas.⁵

Qué mucho, pues, que esta oración haya sido dirigida por Dios, proclamada por el arcángel Gabriel, enseñada por el Espíritu santo, predicada por Isabel, ordenada por la Iglesia y recibida por los fieles con la mayor aclamación que pueda desearse.⁶

Y no es extraño, porque con ella se dice a María que Dios la saludó del modo más glorioso; que la declaró llena de toda la gracia de los santos, de las vírgenes, de los confesores, de los mártires, de los apóstoles, de los profetas, de los patriarcas, y aun llena, en cuanto cabe, de la misma plenitud de gracia.

Con el Ave María se afirma que María estaba con el Señor de un modo el más semejante a la blancura que no puede desprenderse de la cándida nieve. Y se afirma que es bendita sobre todas las mujeres a la manera con que es bendecido sobre todo el fruto de su vientre Jesús.⁷ Diciendo el Ave María, la declaramos la criatura más santa, como la que está más cercana a Aquel que es tres veces santo; la declaramos una criatura divina, en fuerza de la augusta prerrogativa de Madre de Dios y le suplicamos también que ruegue por nosotros ahora, y de una manera especial, en la hora de la muerte. Que te parece lector carísimo: ¿Dónde se hallará una oración que pueda compararse con esta oración? Su origen es Dios, su maestro es un ángel, su objeto la gloria de María, y su fin es nuestra felicidad. Reflexiona lo que es el Ave María, y te aseguro que no podrás menos que rezarla, y rezarla con frecuencia y fervor.

3. ¿Qué decimos a la Virgen diciéndole: Ave María?

A fin de que te determines, lector carísimo, a ser muy devoto de María, y le manifiestes tu amor por medio del rezo del Ave María, voy a referirte algo de lo que dices a tu tierna Madre, con sólo decirle Ave María. Con esta oración te constituyes como el primer pregonero de la augusta María, y al modo del arcángel, intentas renovar todas sus glorias.

Contemplemos la escena que pasó en Nazaret cuando se apareció el ángel a la santísima Virgen que había de ser la Madre de Dios. Cuando se cumplieron los días en que el Señor había determinado, Gabriel arcángel, que es uno de los siete que están al derredor del trono de Dios y que apellidarse puede el ángel de la Encarnación, es el que partiendo de la divina presencia y dirigiéndose al aposento de la Virgen, la saluda, diciéndola: *Dios te salve; llena eres de gracia, el Señor es contigo*⁸. ¿Cuándo se ha visto una embajada semejante?

⁵ VD 8

⁶ GIROLAMO SAVONAROLA (+1452), Comentario al Ave María, MLS, pp.81-105; TMSM 4, Roma 1996, p. 667.

⁷ VD 33

⁸ Lc 1, 28

En otro tiempo se la dio Dios al justo; ahora se dirige a la Reina de todos los santos y a la Madre de la justicia. Entonces se aprobó la conducta del que practicaba la justicia; ahora se describe la mayor perfección a que puede llegar una pura criatura; entonces el profeta Isaías era el portador que decía al justo, qué bien; ⁹ ahora es la persona del mismo Dios la que por medio de su ángel dice Ave María; y entonces, en fin, era un nombre genérico que nada determinaba; y ahora se da al particularísimo nombre de María.

Ave María: cuántos honores le tributan estas dos palabras, cuántas alabanzas las que ella recibe, cuánta gloria la que le recordamos.

Con solo decir devotamente el Ave María, se pone a la vista de nuestra Reina de todo cuanto se ha deseado, se ha pensado, se ha dicho y se ha hecho en su honor. Se le da otra vez el culto que ha recibido durante siglos; todas las alabanzas que han resonado en cien y cien templos consagrados a su gloria; todos los bienes que han hecho incontables cofradías que le han adoptado por su patrona; todas las virtudes que han practicado numerosas comunidades que se le han consagrado; todos los votos que le han dirigido todos los fieles; y aun todos los himnos de honor y gloria que se le tributaren hasta el fin de los tiempos. Tan grande, tan excelente, tan poderosa es el Ave María.¹⁰

Qué agradable es el rezo del Ave María para los cristianos. Qué dulzura la que se experimenta. Si nuestros ojos en cada una de sus miradas dijeran: Ave María. Si siempre que escuchamos oyéramos: Ave María. Si en todas nuestras palabras dijéramos: Ave María. Si en todo cuanto hiciéramos obráramos siempre según el Ave María.

Lector carísimo, entremos en estos santos deseos de decir con afecto el Ave María y procuremos que hagan lo mismo todos los fieles, al menos como cristianos.

¡Qué motivos tan poderosos tenemos para que siempre digamos el Ave María! Tomemos, pues, la resolución de rezarla devotamente, porque al paso que diciendo el Padre nuestro glorificamos a Dios para que nos conceda lo que necesitamos para el cuerpo y para el alma, diciendo el Ave María no sólo glorificamos a esta inmaculada y divina Madre, sino que le hacemos una santa violencia para que nos conceda lo que pedimos a nuestro Señor con el Padre nuestro. ¡Oh santos y poderosos efectos del Ave María!

4. Le recordamos que es nuestra medianera y abogada

Uno de los grandes motivos que deben moverte, lector carísimo, a saludar a la santísima Virgen con el Ave María, es que en fuerza de esta oración te hace de un modo especial los saludables oficios de medianera y abogada. Aunque san Pablo haya publicado que no había más que un mediador entre Dios y los hombres, ¹¹ y que éste era Jesucristo; no excluyó el que María fue-

⁹ *Is* 24, 16: Desde el confín de la tierra cánticos hemos oído: «¡Gloria al justo!»

¹⁰ VD 9

¹¹ *1Tm* 2, 5.

se por gracia y privilegio nuestra medianera para con Jesucristo; del mismo modo que Jesús lo es para con su Padre celestial.

Perdidos estábamos por el pecado; toda carne se había corrompido y todo corazón estaba inclinado hacia el mal; el diluvio había purificado la tierra de los crímenes de la más depravada generación; y después de muchos azotes de la divina justicia, viene Jesucristo, carga con nuestros pecados, satisface por todos ellos, y queda por oficio el mediador entre los hombres y Dios.

Los cristianos por sus numerosos pecados se convierten con frecuencia en un pueblo más culpable que el que existía antes del diluvio y hartas veces se habría visto aniquilado, si no hubiese sido la mediación de su querida Madre.

Porque al modo que Jesucristo nos redimió muriendo enclavado en la cruz, así María, permaneciendo firme al pie de la cruz de su Hijo y padeciendo en espíritu lo que Jesús padecía en su cuerpo, fue tanto lo que entonces agradó a Dios, que le fue concedido el privilegio de que fuese nuestra corredentora: por esta causa si Jesucristo es por oficio, según san Pablo, nuestro mediador, María es nuestra mediadora.

¿Qué sería de nosotros si no fuese por la mediación de María? Sin duda alguna que ya el Señor nos habría aniquilado, pero María con su poderosa mediación detuvo la ira de Dios justamente vengador; desarmó aquel terrible y omnipotente brazo, y lo transformó de manera que en vez de castigos, nos derramara infinitas gracias.

Cuánto debemos a María santísima. Infiere de allí con cuánto afecto y gratitud hemos de repetir el Ave María.

Por el mismo hecho de que es María santísima nuestra mediadora, se sigue que es al mismo tiempo nuestra abogada; y a la manera que, según san Juan, tenemos nuestro abogado delante de nuestro Padre celestial, así tenemos nuestra abogada delante de Jesucristo, y esta es la santísima Virgen María; y así como las llagas de Jesucristo son los poderosos defensores que interceden sin cesar por nuestro bien, así el nombre de María nos indica que esta buena Madre nos defiende ante su hijo como medianera y abogada.

El santo Rey David ¹² nos descubrió este misterio del patrocinio de María cuando en espíritu la consideró como una reina que estaba al pie del augusto trono de su Hijo, vestida del oro de la caridad y adornada de mil virtudes. En efecto María es esta augusta Reina que está a la derecha del trono de su divino Hijo, teniendo la caridad inagotable a favor de nosotros, y el conjunto más perfecto de todas las virtudes.

¹² *Sal* 44, 10: “Entre tus predilectas hay hijas de reyes, la reina a tu derecha, con oro de Ofir.”

El salmista nos la presenta estando no sentada como la madre de Salomón,¹³ ni como los ancianos que rodean el trono del Cordero,¹⁴ ni como los sacerdotes¹⁵ juzgando aun a los ángeles mismos; sino que está de pie, para indicarnos que su oficio principal es ser nuestra abogada.

Cuenta el santo Evangelio¹⁶ que Santiago y Juan tuvieron muy ardientes deseos de ocupar las primeras sillas del reino de Jesucristo, y para alcanzarlo confiaron la petición a su madre. Esta, ya por los recursos que prodigaba a María santísima, y ya por el título de parentesco, se encargó muy animosa de su petición. No obstante de ser una petición tan descabellada, que según el testimonio de nuestro Señor no sabían lo que le pedían, nuestro Señor no reprendió a sus autores, como habrían merecido, sino que después de haber prometido a los hijos que beberían un cáliz semejante al suyo, se contentó con asegurarles que a su Padre tocaba el reparto de las sillas que pedían.

¿Y por qué se portó con tanta benignidad? Así lo hizo en gratitud a los pequeños servicios que le habían dispensado.

Ahora bien: ¿Cómo se comportará con su madre? Es imposible que no le conceda todo cuanto ella le pida. Acudamos, pues, siempre a la santísima Virgen e imploremos su patrocinio repitiendo sin cesar el Ave María.

5. Que es nuestra verdadera luz

Según los libros santos, es Jesucristo el divino sol de justicia; y María es por gracia y privilegio la verdadera luz que ilumina a todos los hombres. ¡Cuán grande es la dicha de los devotos de María! Porque ella, como verdadera claridad, los ilumina para que salgan del pecado y practiquen la virtud. Por otra parte, nuestros pecados casi siempre tienen el origen en la carencia de luz; y si pecamos nos es ordinariamente por malicia o por odio que tengamos a Dios, sino engañados por el demonio, arrastrados por las pasiones, movidos por los deseos, conducidos por la inclinación y como obligados por los escándalos.

Por esto es que nuestra Reina, iluminando a nuestra alma nos libra de incontables pecados. ¿Por qué piensas, si no, lector carísimo, que se llama María? Sin duda alguna porque nos ilumina; porque decir María, es lo mismo que si se dijera estrella del mar.¹⁷

¹³ IR 2, 19: “Betsabé entró donde el rey Salomón para interceder en favor de Adonías. El rey se levantó a su encuentro, hizo una inclinación ante ella, y tomó luego asiento en su trono. Dispuso un trono para la madre del rey, que tomó asiento a su derecha.”

¹⁴ Ap 11, 16-17: “Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se postraron rostro en tierra y adoraron a Dios diciendo: «Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, 'Aquel que es y que era' porque has asumido tu inmenso poder para establecer tu reinado.”

¹⁵ Ap 20, 4: “Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar”

¹⁶ Mt 20,20

¹⁷ SAN JERÓNIMO, *Libro de los nombres (Liber interpretationum Hebraicorum nominum)* ed. P. De Lagarde, Gottingae 1887, p. 14.

Para que concibamos un poco hasta que punto es María nuestra luz, imaginémoslo lo que acontece en alta mar en el momento de una tempestad deshecha: ya los vientos se desatan furiosos para introducir en las aguas un gran alboroto; ya el mar se hace más que terrible y toma todas las formas de lo espantoso, ora la noche se hace lúgubre, se esconden las estrellas y la tinieblas gobiernan por doquiera; ora lo preside todo un diluvio de agua y los monstruos marinos salen de sus centros para asistir a tan horrible espectáculo; ora en fin aparecen los relámpagos, y con su luz amenazadora y triste, hacen que todo sea aflictivo y desgarrador. En este caso los marineros toman la brújula, se fijan en la estrella del Norte, y así logran arribar felizmente al puerto de salvación.

Tal es nuestro estado, lector carísimo, porque mar turbulento es este mundo en que vivimos; nuestra alma es el buque que navega; las tentaciones solo vientos que todo lo arrastran; el poder de las aguas son los peligros que nos rodean; los monstruos marinos son los demonios, y las angustias y demás perplejidades mundanas son las tinieblas que nos rodean. ¿Quién impedirá el naufragio? María y solo María, porque ella es la radiante estrella que nos conducirá al puerto de la eterna salvación.

A vista de estos peligros, clamemos siempre a María. ¿Es una tentación la que nos asalta? Invoquemos a María. ¿Es un amigo el que te ataca? Llama a María. ¿Es el demonio el que te embiste y ataca? Nombra a María. ¿Es la miseria la que te pone en peligro de perderte? Confía en María. ¿Y como no ser así, ya que tal es el resultado del solo nombre de María.¹⁸

Adopta, pues, la resolución práctica de invocar a María, ya porque nada hay que perder, ya porque se tiene infinito que esperar. Invoca el poder de tu divina Señora, diciendo Ave María, y con solo esto te la representas tu mediadora, tu abogada, y también la que te ilumina de un modo tan especial.

Decir a la santísima Virgen: Ave María, es representártela como la única criatura que puede reconciliarte con Dios, la única que te merece la gracia, la única que te enriquece con este don sobrenatural, la única que te enseña el modo de arrepentirte bien, y la única que establece la verdadera reconciliación.

6. Devoción al Ave María

La devoción al Ave María ha de ser el fruto que debes sacar de estas palabras: Dios te salve, María. Y con razón, porque ellas entrañan de una manera toda especial los privilegios todos de la santísima Virgen, porque es la salutación, no solo angélica, sino la que ella oye con más gusto, porque no puede ser saludada de un modo mejor y más excelente que diciéndole Ave María; porque con agrado nos saluda ella con nuevas gracias, cuantas le decimos fervorosos Ave María; porque no puede ser negada cosa alguna al que se acerca a la Madre de Dios con el Ave María; porque podemos prometernos tantos auxilios a la hora de la muerte, cuantas Aves Marías le hubiéramos dicho en vida; y porque así como todo el cielo se alegra al oír Ave María, así también tiembla el infierno y huye el demonio.

¹⁸ SAN BERNARDO, *Sermones en alabanza de la Virgen Madre*, 2,17; TMSM 3, p. 227.

A fin de que saques, lector carísimo, todo el fruto que yo deseo de la práctica devota del Ave María, te recomiendo:

Que todas las mañanas, al levantarte, y todas las noches cuando te acostares, te arrodilles los pies de tu cama, te dirijas con la mayor fe a María santísima, considerándola como a tu madre, y le reces tres Ave Marías, añadiendo al fin de cada una de ellas la siguiente jaculatoria: ¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos! Y en la última le pidas su bendición, considerándola, no sólo como Madre de Dios, sino de un modo especial como tu Madre.

Que reces a la santísima Virgen María la devoción denominada el ángelus, es decir, que por la mañana, medio día, y noche al toque de la oración, la saludes con tres Ave Marías, saludándola Virgen antes del parto, Virgen en el parto y Virgen después del parto.

Que saludes a la santísima Virgen con el Ave María cada vez que suene la hora del reloj. Gusta tanto esta devoción a María santísima, que no sería cosa nueva el que los santos ángeles te avisasen de que ya dio la hora, y aun el que te despertaran en alguna hora de la noche porque tengas la dicha de saludar a la augusta Madre de Dios. No puedo menos que aconsejarte, que al fin de cada Ave María, añadas el ¡Oh María subida a los cielos, rogad por nosotros que recurrimos a vos!

Que al salir de casa y al entrar en ella, saludes a la santísima Virgen con el Ave María, y en espíritu le beses sus pies, para que en todo te guíe de modo que no caigas en pecado.

Que reverencias con el Ave María todas la imágenes que encontrases de esta soberana Señora. A este fin, debes colocarla en tu casa en algún lugar público, para que todos hagan lo mismo, y esta costumbre debes practicarla en la calle, cuando entres en las iglesias, después de haber saludado a Jesús Sacramentado con el Padre nuestro, saluda inmediatamente a su augusta Madre con el Ave María.

En el principio de cada acción de alguna importancia, coloca un Ave María, y cuando hayas concluido, repite otra vez el Ave María; porque te aseguro que no podrán menos de ser meritorias todas las acciones que vayan encerradas entre dos Aves Marías.

En una palabra, en toda tentación, peligro, dificultad, ímpetu o pasión violenta, pide el socorro que necesitas con el Ave María, y te aseguro que no saldrás desairado; y que no pocas veces recibirás aun mucho más de lo que hubieses pedido. Tanta es la eficacia del Ave María.

Capítulo 2. Llena eres de gracia

7. ¿Qué decimos a María saludándola llena de gracia?

Después que el ángel hubo manifestado que su embajada no solo era celestial, sino que también divina; después que hubo adorado a María como a la futura Emperatriz de cielo y tierra, comenzó a descubrirle su objeto, llamándola llena de gracia.

Dos palabras pero ellas solas nos describen todo lo que es nuestra inmaculada y divina Madre. ¡Llena de gracia! Expresiones las más valientes y que nos dicen de María cuanto pueda decirse: pues dígase lo que se quiera de la augusta Madre de Dios, que no puede decirse más, que afirmar que es llena de gracia.

Así, lector carísimo, cuando repitiendo las palabras del arcángel, afirma que esta llena de gracia, es lo mismo que si dijeras: ¡He ahí a María! He ahí la que salió de la boca del Altísimo y la que fue engendrada antes que toda criatura! ¡He ahí la primogénita en cuanto estuvo predestinada junto con el Hijo en los divinos decretos, y la que el Señor tuvo consigo desde el principio de sus obras!

Decir a María que es llena de gracia, es predicar que ella es la única y la sola hija de la vida; la sola y la única destinada a ser la Madre del Redentor; la condecorada con el alto destino de la reparación del mundo criminal y de la libertad de todo el género humano.

Decir que es llena de gracia, es proclamar que fue prevenida por un caudal de gracias, que hizo que su alma purísima estuviese siempre libre de toda culpa, que fuese destinada para que en sus entrañas el mismo Dios se hiciera hombre, y la trazada con tanta magnificencia y grandeza que fuera dispuesta habitación para el mismo Dios.

Decirla llena de gracia, es confesar que es María la más hermosa en su alma y en su cuerpo,¹⁹ en su entendimiento y en su voluntad, en sus sentimientos y en sus inclinaciones, en su corazón y en sus afectos; es confesar que su alma fue la más bella después de la de Jesucristo, es confesarla la obra más grande²⁰ y la más digna de Dios y de su omnipotencia, después de la del Verbo encarnado; y es confesar que desde el primer instante de su concepción fue inmaculada, y que recibió más gracia que cuanta había de concederse a los ángeles y a los hombres, de manera que le fue concedida tan de lleno y con tanta plenitud, que le conviene perfectamente y bajo todos puntos de vista, el hermoso dictado de llena de gracia.

¡Qué te parece de María! ¡Oh si tu vida y tu muerte; si tu descanso y tu trabajo; si tus vigiliias y tu sueño; si todo fuese en ti un himno de amor hacia María! Nada tan hermoso como María; y nada tan exquisito y tan preclaro! En ella todo es más brillante que el sol, todo más resplandeciente que las estrellas, todo, en fin, más bello que el plateado resplandor de la luna.

¹⁹ VD 11

²⁰ VD 46

En ella todo es como la esencia de las más fragantes flores; todo como el néctar de los ungüentos más aromáticos, y todo como lo más bien combinado de los más acertados matices. Decirla llena de gracia, es decirla divina María; es proclamarla dignísima Madre del más digno Hijo; ²¹ la misma hermosura del Hermoso mismo, y la Madre excelsa del Altísimo. ¡Oh María! ¡Oh amor dulce de los corazones! No, no eres Dios, pero como llena de gracia, eres indeciblemente superior a todo aquello que no es Dios.

8. Le decimos que es la primera entre las criaturas

¡Oh, qué hermosa²² es María! Es la primera entre las criaturas; sus atractivos aventajan a los del canario pulido, del donoso chuparrosa y del pavo real; su valor supera a la más pura plata, al oro más acendrado y a las piedras más duras y más finas; su belleza excede al resplandor de las estrellas, a la hermosura de la luna, a lo brillante del sol y a las cien y cien gracias de la luz.

¡Oh, qué hermosa, qué grande es María! Es la primera entre las criaturas racionales; su pureza es tan original, que es la Reina de las vírgenes; su mortificación tan intensa y extendida, que es la Reina de los anacoretas; su virtud es tan sin segunda, que es la Reina de los confesores; su fortaleza es tan completa, que es la Reina de los mártires; y su amor es tan puro y acendrado, que es la Reina de los Apóstoles.

¡Oh, qué hermosa, qué grande, qué excelente es María! Es la primera entre las criaturas angélicas; es superior a los ángeles y a los arcángeles; a los serafines y a los querubines; a los tronos y potestades; y es superior a principados, dominaciones y virtudes.

¡Oh, qué hermosa, que grande, que excelente, qué privilegiada es María. Ella es superior a cuanta criatura hay y puede haber; y a la manera que José era en Egipto el primero de aquel que es Rey de reyes y Señor de los señores. Sólo la humanidad de Jesucristo destinado a ser Dios, le es superior; fuera de ésta, María es la primera, y de tal suerte, que todas distan de ella casi infinito.

¿Qué te parece, lector carísimo, de esta soberana Señora? Y todo esto se dice de ella saludándola llena de gracia. ¡Qué divina es la salutación angélica! ¡Qué portentosos los misterios que entraña! ¡Qué singulares privilegios los que nos revela el llena eres de gracia! ¡Oh si nuestros labios balbuceasen siempre llena de gracia!

Cuando saludamos a María de este modo, la proclamamos como el principio de todas las obras de Dios; como la Reina de ambos mundos; como la Emperatriz de los cielos: como la Señora de los hombres; y como la dueña de todos los espíritus angélicos; la proclamamos la escogida para ocupar en la mente del Altísimo un lugar tan preclaro, que la determina la tres veces santa aun en la presencia de Dios, y no como quiera, sino según toda la medida del arcángel, al apellidarla llena de gracia. ¡Qué alabanza la que damos a María con estas palabras!

²¹ VD 12

²² VD 12

Con razón es el Ave María la oración que más le place; no solo porque es la que le recuerda todas sus glorias, sino que también porque le presenta todas las alabanzas que dio a su Dios; y aun parece que nuevamente se las tributamos en su nombre. ¡Que excelencia la que se comunica a María al decirla llena de gracia!

Se lee de algunos santos que estuvieron llenos de gracia: pero la plenitud de María los supera sobreabundantemente; porque cuando uno, siguiendo el lenguaje angélico, la saluda llena de gracia, la reviste entonces de una gracia tan eminente, que supera cuanto es posible a todas las demás criaturas.

Y no es esto una exageración motivada del amor de un hijo para con su tierna madre, sino que es el lenguaje de la Iglesia, cuando determinando la capacidad de María para contener la gracia, afirma que es tal, que supera a la capacidad de los mismos cielos.

Lector carísimo: ¿qué sentimientos brotan de tu corazón? ¿María llena de gracia? Y ¿tienes tú al menos algo de gracia? ¿Quizás la has perdido? ¿Quizás tu corazón lo ocupa el pecado? ¿Quizás hace mucho que estás lleno de crímenes? ¡Oh, qué miseria la tuya! ¡Cuánto mejor te fuera el que nunca hubieses nacido! Aprovecha este momento...la gracia te llama...sal del pecado, para que en algo te convenga el llena eres de gracia.²³

Comencemos una vida santa e inmaculada; y como María aumentaba su gracia, así nosotros, al menos desde ahora, hagámonos todos los días más y más santos.

En fin, decir a María llena de gracia, es confesar que en cada momento se hacía más y más llena de gracia; y lo hacía con actos incomparablemente mayores que los de todos los ángeles juntos, y los repetía de tal modo que aun durmiendo, formaban ellos el alimento de su corazón. No, no hay lenguas humanas, ni labios angélicos, que sean capaces de describirnos los que es María en fuerza de estas palabras llena de gracia, pero sí que aseguramos, que ella es tal, que su conocimiento ha quedado reservado sólo a Dios.

9. Que posee eminentemente todas las gracias de las criaturas

Para convencerte, lector carísimo, de que María posee eminentemente todas las gracias de todas las criaturas, no tienes más que recordar que el arcángel, de parte de Dios, la predicó llena de gracia.

Llena de gracia en el alma y en el cuerpo; y en los sentidos y en las potencias; llena de gracia en su imaginación; porque solo se representaba las cosas de Dios; llena de gracia en su memoria, porque todos sus recuerdos estaban encerrados en Dios; llena de gracia en su entendimiento, porque teniendo su mente fija en Dios, solo obraba según su querer santísimo, llena de gracia su voluntad, lo cual hacía que no tuviese otra voluntad que la de Dios.

María es llena de gracia, y con esto se predica que ella sola posee la gracia de todas las criaturas, y que la posee eminentemente.

²³ *Glorias* 69 (27)

El cuerpo de María es lo más perfecto, y no puede ser de otro modo, ya que su mirar es de lleno de gracia; su oír de lleno de gracia; su gustar de lleno de gracia; su oler de lleno de gracia; su tocar de lleno de gracia; y de lleno de gracia su corazón con todos sus afectos. ¡Oh María! ¡Oh dulce y amable María! Eres la llena de gracia; y eres la más bella de las criaturas y la augusta Madre del Criador; y eres la inmaculada y divina María.

La alabanza, lector carísimo, que dio el arcángel a María al apellidarla llena de gracia, afirmó que ella poseía todas las gracias de todas las criaturas, y en un grado el más eminente; y así, no sólo tiene más que todos los siervos de Dios, sino eminentemente más de todo lo que a tenido cada uno de ellos.

Nuestros primeros padres se distinguieron con los dones de elevación, de integridad, de ciencia y de inmortalidad; y María tuvo tanta gracia, que fue llena de ella; fue tan íntegra, que jamás experimentó ni el menor zumbido de la concupiscencia; fue tan sabia, que supo con conocimientos divinos, y fue tan inmortal, que solo murió de amor para resucitar al tercer día al par de su Hijo.

Los patriarcas se distinguieron con aquella vivísima fe con que creyeron todas las promesas, y con la esperanza in describible con que aguardaban su más exacto cumplimiento; los profetas, con la abundancia de luces, en fuerza de las cuales casi veían los más recónditos misterios; los apóstoles, con aquel celo, que acompañado de innumerables trabajos hizo cristiano a todo el mundo; los mártires con la fortaleza con que sufrieron los tormentos de la fe; los confesores, con la eficacia en domar sus pasiones mediante la práctica de las sólidas virtudes; las vírgenes, con la generosidad en conservarse inmaculadas, toda la corte celestial, en conservarse tan pura como Dios la hizo; pues todas estas virtudes, y privilegios, y gracias, y excelentes prerrogativas, todo se tributa a María, y del modo más eminente al decir la llena de gracia.

El santo rey David proclamó todas estas verdades y nos explicó de un modo especial en qué consistía ese poseer las gracias de todos los santos eminentemente, cuando dijo, hablando de María: puse yo mis cimientos en los montes más altos. Como si dijera: yo en mi concepción, como inmaculada, ya era cien y cien veces más santa que todos los santos; y estando con esta plenitud, comencé una serie de actos tan soberanamente perfectos, que sus quilates sólo puede medirlos y apreciarlos Aquel que es Dios; porque yo, dice María, comencé el vuelo de mi santidad en la cumbre misma en do reposan los demás santos.

En vano querrá aplicarse a algunos justos el llena de gracia; porque esta prerrogativa es tan sin segundo, que sólo conviene a nuestra inmaculada y divina María.

Todos los santos han tenido muchos momentos sin gracia; momentos en que tenían el pecado, y en que el demonio pudo gloriarse de haberlos poseído. No así con María; porque a fuer de concebida sin pecado, tuvo desde el momento de su concepción la plenitud de la gracia, y todos los momentos la anduvo multiplicando eminentemente. ¿Qué diferencia entre el estado dichosísimo de María y el nuestro? ¿ella llena de gracia, y nosotros casi sin gracia? ¿ella llena de gracia y nosotros con el pecado? Oh, ¡qué mayor miseria puede darse que obrar bajo la in-

fluencia del pecado! ¿Qué hacen, sin embargo tantos desgraciados pecadores? ¿Y este estado tan infeliz es el tuyo? Amemos, pues, la gracia, pero con todo nuestro corazón.²⁴

Hay hombres muy santos; hay mujeres, cuyas virtudes son en grado heroico; hay niños y niñas que han llegado a una perfección inmedible; y hay el santo Bautista, que según la expresión del Salvador, es el mayor de los santos que se han levantado en el mundo. Pero ¿qué es todo esto, comparado con la santidad y perfección de María? Amemos, pues a María, de un modo especial; amémosla como que es la llena de gracia; y pongamos una gran parte de nuestras complacencias e recordarle la llena de gracia por medio del rezo ardiente continuado del Ave María.

10. Que es suya toda la gracia que Dios nos concede

Puede ser que ninguna cosa nos haga conocer mejor lo que el ángel dijo a María al declararla llena de gracia, como el considerar que de su plenitud la recibimos todos; porque esta Soberana Señora no sólo es llena de gracia por sí, sino que de un modo especial lo es para nosotros.

A la manera que en el mundo no hay más aguas que las del mar,²⁵ y de estas salen todas las nieves, todos los manantiales, todas las fuentes, todos los arroyos, todos los ríos y todas las nubes; así en el mundo espiritual no hay más gracia que la de María, y de María se comunica a todos los fieles. Oh, ¡Qué exacto es este hecho comparado con María! El mar no es el autor de las aguas, sino que Dios las crió y al conjunto de ellas es lo se llama el mar; así, por más que encomiemos a María, hemos de confesar que solo Dios es autor de su gracia, y que María sólo es la capacidad que la contiene, y solo el canal por donde nos viene a nosotros.²⁶

Al modo que no hay aguas que no tengan su origen en el mar, así no tenemos gracia alguna que no haya partido de las manos de María; porque todo don celestial, todo bien del cielo, y toda inspiración divina, todo nos viene de María.²⁷

De allí es que las gracias que reciben los pecadores para que su corazón no se endurezca en el pecado, son de María; y de María las gracias que nos fastidian del mundo, y nos hacen amar lo que antes aborrecíamos; las gracias que nos comunican la perseverancia en la amistad de Dios, y vivir en la práctica de heroicas virtudes; y de María, en fin, las gracias de la vida activa y contemplativa, y los grados de oración, y los incendios de amor, y las inflamaciones divinas, y aun los sustos y sabores de eterna gloria. Si, todo nos viene de parte de María, ¿cómo, lector carísimo, no amarla? ¿Qué ama quien a María no ama? ¿Cómo no darle pruebas de continuo y muy ardiente amor? ¿Cómo no saludarla con el ángel, diciendo sin cesar llena eres de gracia?

²⁴ *Glorias* 69 (27)

²⁵ VD 23

²⁶ SAN BERNARDO, *Sermón en la natividad de la Bienaventurada Virgen María*, 4

²⁷ VD 49

Por otra parte ¿qué diré de las gracias extraordinarias que nos ha concedido? ¿Qué de los numerosos prodigios que Dios ha obrado por su intercesión?

Basta recordar que la España y la Francia, la Italia y la Germania, la Hungría y demás partes de Europa y América, han visto que en donde era conocido Jesús, ²⁸allí se daba a conocer a María; y que ella obraba a favor de sus devotos los más prodigiosos milagros. Han visto muchos beneficios y capillas, muchas catedrales y cofradías, y muchas congregaciones y religiones utilísimas, todo consagrado a honra y gloria de María; han visto muchas promesas y votos que cubren las paredes de innumerables santuarios; a tantos enfermos que recibieron la salud; a tantos cojos que han logrado el uso de sus miembros; a tantos ciegos que han recobrado la vista, y a todo el pueblo cristiano honrado y glorificando a María.²⁹

Aun, tú, lector carísimo, has recibido gracias muy especiales de esta dignísima Señora; y la salud y la enfermedad, la ciencia y la ignorancia, el acierto y el desacierto, es gracia de María; y por gracia de María aun vives y no estás ardiendo en el infierno y tienes un derecho a la patria celestial. En reconocimiento a tan saludables beneficios, toma la resolución de amar práctica y afectuosamente a tan tierna Madre, de saludarla una y mil veces con el Ave María, y de repetir de un modo especial: *llena eres de gracia*.

11. Devoción a los novenarios

A fin de que alcances en algún modo el que seas lleno de gracia conforme la santidad que Dios te pide, voy a insinuarte un medio muy eficazmente poderoso, que si lo adoptas, ciertamente que María te llenará de su gracia, y este es, la práctica de las novenas.

Quiero decir, que celebres las fiestas de esta soberana Reina, no de un modo común y ordinario, sino que te prepares por nueve días en los cuales hagas alguna cosa especial en su honor y gloria.

Y por tanto, nueve días antes de su inmaculada concepción, de su nacimiento, de su presentación, de sus desposorios, de la anunciación, y de su gloriosa ascensión a los cielos, puedes consagrarlos de un modo especial, a su honor. Esto se hace muy bien.

Leyendo alguna de las novenas que le han compuesto sus devotos para cada una de las festividades, y haciendo lo que ellas ordenan, con la mayor fidelidad.

Teniendo en cada día de la novena oración mental por la mañana y por la tarde, sobre el misterio correspondiente, visitando al santísimo Sacramento, y añadiendo a la santísima Virgen nueve Ave Marías gloriadas.

Haciendo nueve visitas a la imagen que se quiera venerar, y dando gracias a la Señora por las singulares prerrogativas que se le atribuyen.

Haciendo como cien actos de amor a Jesús y a María, intentando hacer un acto de amor purísimo y ardentísimo cada vez que se pronuncien tan dulcísimos nombres.

²⁸ VD 13

²⁹ SAN LUIS M. GRIGNION, *Trattato della vera devozione, Introduzione, 9*; Milan 1987, pp. 24 ss

Leyendo cada día de la novena, por el espacio de media hora, algún libro que trate de las glorias de María; y haciendo por un buen rato la debida aplicación, procurando la reforma de uno mismo.

Haciendo alguna mortificación exterior de cilicio, disciplina, abstinencia de carne, de fruta o dulce, y masticar alguna hierba amarga o alguna otra cosa que repugne, abstenerse de algún paseo, de mirar, y aun de hablar cosas que no sean necesarias, obedecer con más alegría y fidelidad a nuestros superiores y no responder con impaciencia.

La imitación de las virtudes propias de cada novena es otro medio poderosísimo; y así en la concepción inmaculada, la pureza de corazón; en su nacimiento, el nacer a una vida más fervorosa; en la anunciación, una devoción especial al santísimo Sacramento; en los dolores, un grande amor a los trabajos, y así sucesivamente, según la fiesta que uno celebre.

Una confesión más dolorosa y una comunión más ferviente; un vivir cada día como si aquel fuere el último de la vida. Y para que tomes con empeño, lector carísimo, este modo de honrar a la santísima Virgen, voy a referirte el fin afortunado de un devoto de María, que le hacía durante el año, las novenas de sus principales festividades. Había una vez un soldado tan metido en la profesión de las armas, como olvidado del cumplimiento de los deberes de un buen cristiano. Más habiendo sido gravemente herido en el asalto de una ciudad, este mal fue para el principio de todo su bien, porque considerando el peligro de morir, lo horroroso que había de ser verse en la presencia de Dios, y los tormentos eternos de los condenados, pensó en mudar de vida y servir al Rey del cielo, como hasta entonces había servido a los reyes de la tierra. Pero su ignorancia en materia de religión era tan completa, que sólo después de muchos y muy grandes trabajos pudo aprender las cosas más esenciales de nuestra santa religión. Este hombre tan ignorante, tuvo una devoción especial a la Madre de Dios, y se lo manifestaba por medio del Ave María que la repetía con tanta frecuencia como con fervor. Estaba dando a esta soberana Señora un culto muy especial, por medio de la práctica de las novenas, de modo que hacía todos los meses una novena a María santísima; frecuentemente hacía una cada quince días, y en ciertas ocasiones una después de otra. Mas como este hombre no sabía leer, ni tampoco otra oración que no fuera el Ave María, se sirvió de esta, y con tanto fruto y bendición de Dios, que apenas puede desearse más. Y no es de extrañar porque rezaba esta oración más de cien veces al día; la rezaba con la confianza que inspira a un buen hijo una madre tan tierna; la rezaba con la intención de honrarla como si el fuese todos los santos ángeles, y en la última Ave María le pedía con el mayor respeto que le era dable su maternal bendición. Este feliz soldado, no sólo alcanzó el perdón completo de todos sus pecados, sino que comenzando una vida muy cristiana, llegó a una gran perfección, que después de su muerte, sin pasar por el purgatorio, se fue a gozar de Dios en la gloria. Tal es el resultado del Ave María, y tales los efectos de las novenas.

Capítulo 3. El Señor es contigo

12. La mayor felicidad de María

No puede el hombre llegar a mayor felicidad que a la dicha de tener a Dios; pero en María, a quien el ángel saludo, el Señor es contigo, se encuentra esta felicidad en grado tan sumamente superior que nadie puede concebirla. Porque si la presencia del padre es para con un hijo de grande consuelo; si la del jefe es para el soldado de grandes actos de valor; si la del Romano Pontífice es respetabilísima para un simple fiel, ¿cuáles serán los resultados de la que tiene a sí misma al Señor?

En nosotros este estar el Señor en el alma, es la presencia de Dios más o menos viva y ardiente; pero en María era especial asistencia, pues todo lo que podía necesitar, era un Proviencia divina que se derrama a todos sus actos; era el origen de todas las bendiciones que ella recibió, y era el principio y fin, la mañana y la tarde, y la noche y el día de toda su asistencia.

Ahí tienes, lector carísimo, a María, y la tienes teniendo al Señor, y estando con El verdadera, real y físicamente, y sintiendo y experimentando de un modo el más glorioso todos sus efectos.

María teniendo consigo al Señor, nos enseña a todos la presencia de Dios, y nos la enseña de tal modo, que conviene que todos profesemos tan gloriosa doctrina. Nosotros también hemos de andar en la presencia de Dios; y si reflexionas que Dios siempre te mira, que te acompaña siempre, te aseguro que no solo nunca pecarás, sino que también ni siquiera podrás tener en tu conciencia ningún pecado pasado; te aseguro que no podrá sufrir ni un ápice de imperfección, y que irás haciéndote tan santo que llegarás a ser perfecto. ¡Oh, qué felicidad la del justo que anda en la divina presencia! ¡Ojalá que yo siempre esté, y piense, y hable, y obre como que Dios me mira! Tal era la conducta de la hermana de Lázaro, y de Marta y Magdalena que siempre veían al Señor.

Esta virgen habitaba en la casa de Lázaro en los días de nuestro Señor Jesucristo, y era tan grande la unión con Dios, y tenía de tal suerte al Señor consigo, que casi nunca hablaba con los hombres. Encerrada en su casa, vivía en una especie...³⁰

Pregúntate, lector carísimo, quien está contigo, ¿Está la soberbia o el orgullo, la avaricia o la lujuria, la ira o la gula, la envidia o la pereza? ¿Quién está contigo? ¿Está el amor de Dios, el del prójimo o el amor propio desordenado? ¿Quién está contigo? ¿Está la buena confesión, la ferviente comunión o el sacrilegio de Judas? ¿Quién está contigo? ¿Están pensamientos inútiles y vanos, o pensamientos provechosos y celestiales? ¿Están palabras de devoción, o murmuraciones y detracciones? ¿Están obras imperfectas o perfectas; de la carne o del espíritu; consagradas a Satanás o a Dios? Examínate bien: y para que te remedies como conviene, resuélvete a rezar con frecuencia el Ave María, y de una manera particular, el Señor es contigo.

³⁰ Falta el ejemplo tomado de: “*La dolorosa pasión de Jesucristo*, Emmerich.

13. María tiene consigo al Señor antes de su nacimiento

Permíteme, lector carísimo, que comience este párrafo asegurándote que María tuvo consigo al Señor antes de su nacimiento, y aun desde el principio de concepción inmaculada, y esta unión divina con el Señor fue el origen de todas sus distinciones. Sí, esta unión santísima, inseparabilísima y divinísima, fue la causa de todos sus privilegios, de todas sus excelencias, de todas sus inmunidades, de todos los milagros y aun de todos los misterios que el Señor obró en ella; porque esto es lo que entraña el Señor es contigo, del arcángel san Gabriel. ¡Oh, qué expresión! ¡Cuan grata para los oídos de María! ella no solo abarca la excelencia del Ave María, sino que también los privilegios de llena de gracia, y tiene además un no se que tan excelente, que solo puede explicarse algo, ahondando bien en la mina de lo que es María. Ella recibe esta salutación con un cariño todo especial, y es una grande lástima el que nosotros a veces la digamos con una frialdad culpable. Al menos desde ahora hemos de proponer decirla con fervor y decirla de tal suerte, que pidamos a Jesucristo que el Señor esté con nosotros; porque a la manera que esta gracia fue el todo de los privilegios de María, así será para nosotros el origen de todas las bendiciones.

En efecto yo veo a Abraham escogido de un modo muy particular, llamado a ser el padre de un gran pueblo, condecorado con las gracias más especiales, con una descendencia superior a las arenas de los mares³¹, y teniendo una santidad tal, que Dios parece querer ennoblecerse con su propio nombre, apellidándose Dios de Abraham ¿por qué todo esto? Porque se cumplió en él el anda en mi presencia y serás perfecto³²; y de hecho siempre anduvo en la presencia del Señor.

Yo veo a Isaac heredando las bendiciones de su padre,³³ llegar a la más honrosa ancianidad, lleno de bendiciones, amado de sus amigos, temido de los enemigos, y revistiéndose Dios de su propio nombre como ya lo había hecho con Abraham. Y ¿por qué todo esto? Porque el Señor le había dicho Yo estaré contigo.

Yo veo a Jacob³⁴ enriqueciendo a su tío Labán, enriqueciéndose a si mismo con numerosos rebaños, fidelísimos criados, una numerosa descendencia, saliendo victorioso del odio de Esaú y de la fortaleza del ángel, y recibiendo de Dios muchas visiones y revelaciones. Y ¿por qué todo esto? Porque el Señor le había dicho: Yo estaré contigo.³⁵

Yo veo a José³⁶ salir del aborrecimiento de sus hermanos, convertirse en su propio bien la esclavitud y la cárcel, ocupar en Egipto el primer lugar después del Rey, llenar de bendiciones

³¹ Gn 22,17; 32,13

³² Gn 17,1

³³ Gn 25, 11

³⁴ Gn 25,34

³⁵ VD 29

³⁶ Gn 39,2; 41,39; 41,55.

los lugares, y casas, y campos que cultivaba, y salvar a todas su descendencia. Y ¿por qué todo esto? Porque el Señor le había dicho Yo estaré contigo.

Yo veo a Josué tomar a su cargo el mando del pueblo de Israel, conducirlo victorioso en medio de cien batallas, establecerlo seguro en la tierra de promisión, y acabar con casi todos sus enemigos. Y ¿por qué todo esto? Porque el Señor le había dicho: Yo estaré contigo, así como estuve con mi siervo Moisés.³⁷

Según esto, tenemos derecho de esperar todas las bendiciones del cielo, si el Señor estuviere con nosotros. En adelante, recemos frecuentemente el Ave María, para pedir a Dios, por la intercesión tan tierna Madre, que el Señor esté con nosotros; y se lo hemos de pedir con un fervor todo especial al decirla el Señor es contigo.

Deseo que notes, lector carísimo, que no le dijo el ángel, Dios está contigo, o la Trinidad, o el Padre, el Hijo, o el Espíritu santo es contigo; sino que se sirvió de esta palabra Señor, para predicarnos que María había de ser la Señora de los cielos y tierra; y de tal modo que pudiese por gracia³⁸ y privilegio lo que Dios por esencia y naturaleza. El señor es contigo, es como si el ángel le dijera: Tú, oh María, siendo criatura serás la Madre del Criador; siendo finita, encerrarás en tu seno al que no cabe en los cielos, y también al infinito; siendo hija de Adán, serás concebida sin la culpa original; siendo de carne, ni siguiera experimentarás el menor asomo de concupiscencia; siendo aun infantil, tendrás el uso de la razón más perfecto; siendo impecable, tendrás todos el merito de una alma libre; siendo fecunda Madre, no dejarás de ser Virgen inmaculada; entando en cinta, no experimentarás ni siquiera una de las molestias de la preñez; dando a luz a tu Hijo, no estarás sujeta a los dolores del parto; siendo la más bella de las criaturas, no serás el objeto de un deseo no inmaculado; y siendo pura criatura, aun los más grandes santos³⁹ te tributarán un culto tan especial, que superando a todos los cultos, solo será inferior al que damos a Dios.

¡Qué grandiosa y excelsa es María, cuán inmaculada y divina, oh Madre mía! Tú eres la poseída del Señor desde el principio de sus obras, y la que el Señor, que es todopoderoso, hizo tan admirable, que pudieses engrandecerle: porque contigo está el poder del Padre que te fecundó; contigo la sabiduría del Hijo que te enseñó; y contigo la pureza del Espíritu santo que te conservó sin mancha. ¡Oh María! y cuán bella eres.

Dios ha formado todas las criaturas según las leyes sapientísimas que se propuso; pero al fabricarte a ti, obró como Señor absoluto; y como Dios infinitamente sabio, e inmensamente poderoso.

En resumen, afirmando el ángel que el Señor estaba contigo, fue para asegurarnos que te hizo de tal suerte que no puede hacer otra Madre suya.

³⁷ Jos 1,1.

³⁸ VD 74

³⁹ VD 46

14. Lo tiene consigo durante su vida

Sí, lector carísimo, así como María estuvo en la mente de Dios antes que toda otra pura criatura; así también ella de su parte lo tuvo consigo ya desde el feliz instante de su concepción inmaculada, ya también de una manera muy especial durante toda la vida.

Esto se verificó, ora de un modo físico durante toda la vida de Jesús, ora de modo especial y divino, en fuerza de su ardiente amor. De un modo físico y sumamente amorosos, lo cual hizo que durante nueve meses fuese la vida de María un acto continuo de adoración, que ella prestara al Verbo encarnado todos los oficios de la más tierna y divina Madre, que fuese adorado de los Magos estando aun en su regazo, que fuese presentado al templo ofreciendo al Señor una dádiva infinita, que con él huyese a Egipto para librarlo de las iras de un despreciable reyezuelo, que viviese en Nazaret a fin de que se cumpliesen en él las profecías, que habiéndose escondido lo buscara y lo hallase en el templo disputando con los doctores de la ley, que viviera en su compañía hasta treinta años de su edad y que ella meditara en su corazón las palabras que salían de su boca.

Este tener a Dios consigo durante su vida, hizo que el Señor obrase delante de ella su primer milagro, y que con ella enseñase el Evangelio y curase las enfermedades, resucitase a los muertos, y que estando en la cruz sufriese ella en su alma benditísima, cuanto él mismo padeció en su cuerpo. Todo esto recordamos a María al decirle el Señor es contigo.

María no se encontraba en el desierto cuando quisieron proclamar rey a Jesucristo, y éste no admitió el ser coronado, porque en aquel entonces no se encontraba con su Madre, pues la gloria de la Madre es la gloria del Hijo, del mismo modo que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre.

Fuera de éste y algún otro caso, el Señor estaba con María aun de un modo físico. El Señor estuvo también de un modo indecible con María, en fuerza de su ardiente amor: porque estando ella vacía de si misma por su humildad suma, estaba eminentemente colmada del divino amor; y de tal suerte, que los más abrasados serafines pudieran bajar del cielo para aprender en el corazón de nuestra Reina y Madre, el modo debido de amar a Dios.

Decir que el Señor está con María, es apellidarla con cabal propiedad la Reina del amor, y la que consumada eminentemente en todas las virtudes, amó a Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con toda su alma, memoria, entendimiento y voluntad, es decir, que el fuego del divino amor ardió con tal vehemencia en María, que no pudo tener ni siquiera un defecto o imperfección.

¡Qué hermosos recuerdos los del Ave María! ¡Si siempre estuviéramos rezando tan divina oración! ¡Si al menos colocáramos nuestras delicias en decir a María santísima el Señor es contigo! ¡Qué felicidad la nuestra si prácticamente imitáramos a María!

Procuremos que el Señor esté con nosotros, no de un modo extraordinario, pero sí por medio de la oración y de la gracia, no haciendo ni un solo pecado, y practicando la virtud del mejor modo que nos sea dable.

15. Lo tiene consigo después de esta vida

El arcángel san Gabriel al decir a María el Señor es contigo, le notificó la unión íntima que había de tener por los siglos de los siglos en la patria celestial, descubriéndola con estas palabras su predestinación a ser coronada con el poder omnipotente del Padre, con la sabiduría infinita del Hijo, y con el amor inmenso del Espíritu santo.

Mas ¿qué unión es la que en la vida eterna tiene el Señor con María? No queramos ni siquiera indicarla, por su más pequeña parte es tan subida que no llegan, no, a concebirla, mentes angélicas.

Pero dejemos estos arcanos ya que nos son impenetrables, y digamos algo de su gloria exterior, ya que ella se compone de la mayor grandeza; porque si Salomón cuando vio entrar a su madre se levantó de su trono ⁴⁰ y quiso que fuese colocada a su derecha, como reina, ¿qué haría el divino Salomón con su divina Madre al entrar al cielo?

Por otra parte, ¿qué diferencia entre la figura y la realidad; entre Salomón el hijo de David, y el Hijo del eterno Padre? ¿Y entre la madre de Salomón y la madre Jesús? Contemplémosla, pues, en la mayor unión con Dios, sentada al lado de su Hijo, y coronada como hija obedientísima, como Madre divinísima y como esposa dilectísima. ¡Cuántas complacencias las de Dios a la vista de su obra maestra! ¡Cuántas las de la Reina viéndose al lado de su Señor! ¡Cuántas venturas entre el Hijo con su madre, y la Madre con su Hijo. Y venturas que le recordamos diciéndola el Señor es contigo.

¿Qué más diré que entrañe tan magnífica salutación? Con estas palabras le recuerda el ángel que es más amada que todos los ángeles, más que todos los patriarcas y profetas, más que todos los apóstoles, mártires y confesores, y más que todos los justos y escogidos.

Infiere de todo lo dicho, lector carísimo, la devoción que debes profesar a María: dile, pues, en cada instante el Ave María, persuadido que la veneras de un modo Angélico; dile que es llena de gracia, y reconoce en ella todas las gracias y privilegios; dile, el Señor es contigo, y venera el conjunto de todas sus prerrogativas. ¡Oh María! ¡Oh amor dulce de los corazones! Tú eres la santísima; y me congratulo por completo en poderte denominar la dignísima Madre de Dios.

¡Oh María! ¡Oh Virgen y Madre de Dios! El Señor es contigo, porque desde toda la eternidad tú formabas en la mente del Altísimo el objeto de todas sus complacencias; porque desde el primer instante de tu concepción inmaculada te llenó de tantos y tales privilegios que ostentó a la faz del mundo; que hizo en tí cosas grandes Aquel que es Omnipotente. ⁴¹

¡Oh María, inmaculada y divina María!, tú eres poderosísima con tu Hijo, poderosísima por medio de tu Hijo y poderosísima juntamente con tu Hijo. Cuida de nosotros, augusta Madre de Dios, y haz que se nos pueda aplicar en algún modo el significativo de, el Señor es contigo.

⁴⁰ 2R 2,19 ss.

⁴¹ Lc 1,49 ss.

¡Madre mía! Yo quiero ser todo tuyo, y del modo más perfecto. Hazme la gracia de que aborrezca el pecado, y de que lo odie con todo el corazón; hazme amar la virtud, y que la practique de manera que en el tiempo y en la eternidad sea tu verdadero hijo.

16. Devoción al santísimo Rosario.

No hay devoción más practicada de los fieles que el rezo del santísimo Rosario; y te aseguro que es una cosa muy edificante ver a una multitud de cristianos que todos los días van a la Iglesia un poco antes de la oración de la noche, y delante de una imagen de la santísima Virgen, dicen todos juntos el santo Rosario.

Es una cosa muy ejemplar ver a no pocas familias que antes o después de la cena rezan el santísimo Rosario: ¿y quién puede decir los innumerables rosarios que se dicen todos los días? ¡Ojalá que tomaras la resolución de rezarlo tu también! ¡Ojalá que lo hicieras con toda la familia! ¡Ojalá que pudieras introducirlo en todos los cristianos! Haz cuanto puedas por extender esta devoción, y te aseguro que en la hora de tu muerte no te pesará; y aun te afirmo, en nombre de María santísima, que en este mundo te será en gran manera recompensado.

¡Qué gran devoción la del santísimo Rosario! Es de las más santas, porque hace santos a los que lo rezan como conviene; es de las más agradables a Dios, porque se repite muchas veces el Padre nuestro y Gloria al Padre; es de las más gloriosas para nuestra augusta y divina Madre, porque se le renuevan todos sus títulos y privilegios al decirle el Ave María y la Salve; y es en suma, la más útil a nosotros, no sólo porque siendo devotos de la santísima Virgen, glorificamos a Dios, sí que también por las incontables indulgencias que tiene concebidas.

El que reza una parte del santísimo Rosario todos los días, si verdaderamente arrepentido y confesado comulgare en cualquiera de los días siguientes, a saber: en la natividad del Señor, epifanía, resurrección, ascensión, pentecostés, santísima Trinidad y Corpus Christi; en la fiesta de la purificación, anunciación, asunción, concepción inmaculada y natividad de nuestra Señora; en el nacimiento de Juan Bautista, en todas las fiestas de los santos apóstoles, el día del Señor san José y el de todos los santos, una vez al mes elegido a su voluntad, y en el artículo de la muerte, contrito al menos, en caso de no poder confesarse, y rogar a Dios devotamente por la intención del Sumo Pontífice, conseguirá en cualquiera de esos días indulgencia plenaria.

El que hiciere estas mismas cosas en las otras fiestas de nuestra Señora, conseguirá en cada una de ellas siete años y otras tantas cuarentenas de indulgencia.

El que las hiciere en cualquier domingo u otra fiesta del año, ganará cinco años y otras tantas cuarentenas de indulgencia.

El que las hiciere en cualquier día del año, ganará cien días.

Además de estas indulgencias, se ganan cien días por cada Padre nuestro, Ave María y Gloria del rosario.

Finalmente, te hago saber, que a los fieles que rezan la tercera parte del rosario, se les conceden setenta mil años de indulgencia. Para ganar la indulgencia es necesario que al paso por la boca se dice el Padre nuestro, el Ave María y Gloria, con la mente se contemplan o mediten

los misterios, quiero decir que los domingos, miércoles y sábados, medites los misterios de gloria; los lunes y jueves, los de gozo, y los martes y viernes los de dolor. ⁴² En conclusión, te digo y aun te exhorto, que reces el rosario; que comiences a rezarlo desde hoy; que lo reces con tu familia; que no dejes perder ninguna ocasión de extender este rezo tan saludable, y que lo hagas no como una penitencia que te impones, sino como un cariño que diriges diariamente a tu tierna y queridísima Madre la augusta y divina María.

⁴² Al que no sepa meditar, le basta que rece el rosario con fervor y devoción; y rezándolo de este modo gana también las indulgencias referidas.

Capítulo 4. Bendita tú eres entre todas las mujeres

17. Se compara la bendición de María con la de algunas santas

Ahora, lector carísimo, nos haremos cargo de las últimas palabras del arcángel, que declaran a María la bendita entre todas las mujeres; comparando esta bendición con las más excelentes que la santa Escritura contiene.

Jahel,⁴³ después que con su clavo atravesó las sienes a Sísara, general de los ejércitos enemigos, y vencidos estos, quedaron victoriosos los de su nación; los ancianos del pueblo, la proclamaron la bendita entre todas las mujeres.

Abigail⁴⁴ era una mujer tan prudente, como necio era su esposo; y habiendo salido al encuentro de David, lo aplacó, y éste le dijo: Bendita seas tú que has movido tanto mi corazón; yo estoy pronto a hacer todo lo que Dios quiere, sin derramar ni una gota de sangre.

Judith era una santa viuda⁴⁵ que empleaba sus días en la oración, en el cilicio y demás ásperas penitencias; sus ocupaciones eran vivir según Dios; y después que hubo decapitado a Holofernes, gran capitán de los ejércitos sitiadores, todo el pueblo la honró, y el sumo sacerdote la declaró la bendita sobre todas las mujeres.

Por consiguiente, no es de extrañar que María sea declarada la bendita entre todas las mujeres de la tierra.

Pero notemos la diferencia que media entre bendición y bendición; porque la una es de un pueblo que apenas ocupa un rincón de la Judea, y la otra es de todas las naciones; la una se funda en un acto de virtud, y la otra en reducir a la práctica la caridad más acendrada; la una sola será durable mientras duran los recuerdos de Israel, y la otra, siempre portentosa, no cesará mientras tengan los cristianos la idea de María Madre de Dios; la una reportó la alabanza de unos cuantos años, la otra durará la eternidad feliz de los justos; la una reconoce que Dios es su autor, y la otra afirma que salió de los labios del hombre.

Según esto vemos que los santos han bendecido y bendicen siempre a todo lo que se les presente como santo y religioso; y vemos que todos bendecirán a María como que es la bendita entre las mujeres, y bendita sobre todas las viudas, sobre todas las casadas y sobre todas las vírgenes.

18. María santísima, bendita entre todas las viudas

Las viudas han formado siempre en la Iglesia un estado muy santo, y aun en nuestros días son las verdaderas viudas honradas y escogidas como en los antiguos tiempos.

⁴³ *Jc* 4, 21-24

⁴⁴ *ISm* 25,3.30ss

⁴⁵ *Jdt* 8, 4; 9,1; 14,7

Elías ⁴⁶ es enviado por Dios para desempeñar una grande e importante embajada, y la viuda de Sarepta es la escogida para hospedar a tan gran profeta; y como si no bastara la honra que le dio con habitar en su casa, le resucita al hijo único que con su muerte la había anegado en un mar de amargura. Al profeta Eliseo le manda Dios que cumpla una misión de mucha importancia, y otra viuda es la honrada con su alojamiento; y a esa mujer que ya creía de morir de hambre, recompensó el Señor de tal modo su acto de caridad, que por medio de un prodigio le multiplicaba el aceite, y con su producto pasa el tiempo del hambre.

Jesucristo quiere resucitar un joven de veinte años, y de un modo el más portentoso, supuesto que escogió el momento en que lo llevaban a enterrar; y la viuda de Naím ⁴⁷ es la destinada para recibir este beneficio.

Luego el estado de viudez es un estado santo, y por esto escribía el Apóstol a su discípulo Timoteo: ⁴⁸ *Honra a las viudas que fueren verdaderamente viudas.*

Este estado ocupa un término medio entre el estado de casada y el virginal: por esto entre sus virtudes características figuran su modestia y su gobierno; su gobierno por la costumbre que tienen de regir y gobernar la casa; y la modestia, porque su castidad pasa a ser tan pura como la de las vírgenes.

¡Santísima Virgen María! Tú también fuiste viuda, y para entonces te predicó el ángel la bendita entre las viudas. Tú regías la casa de Nazaret, y tu gobierno era tal que todos te han proclamado prudentísima. Tu modestia era tan eminente, que conducías a cuantos te veían a la contemplación de Dios.

En medio de su viudez, y después de los dolores del Calvario, era María sumamente hermosa, y era la misma hermosura después de la de Jesucristo, porque al modo que su alma fue en su concepción la más inmaculada, así fue en su cuerpo la más bella.

¡Que extraordinaria era la hermosura de María! Era su rostro la sede de los prodigios de Dios; era el asiento de la Majestad divina; era un punto purísimo en donde podían fijarse sin desvío los ojos del Señor; y era un todo tan celestial y divino, que la proclamaba la Madre de Dios. Toda hermosa era María: y por esto [no] le fue dado que anunciase el Evangelio, por temor de que viendo los ignorantes la hermosura no la adoraran como a Dios. Tanta era su belleza.⁴⁹

Porque si en aquellos días el sexo no era impedimento para anunciar el Evangelio, como no lo fue para la Samaritana que anunció a su Señor a sus compatriotas, ⁵⁰ ni por la Magdalena

⁴⁶ 2R 17, 7ss.

⁴⁷ Lc 7,12 ss.

⁴⁸ 1Tm 5, 2ss.

⁴⁹ VD 49; SAN EPIFANIO, *Panarion III*, 2, 79, 4-7, PG 42, 745-756

⁵⁰ Jn 4, 1-42

que promulgó el Evangelio en medio de su destierro, ni por Marta ⁵¹ que dio a conocer a Jesucristo como verdadero Hijo de Dios, ni por la Verónica que la primera en poner su imagen a la pública veneración; claro está que tampoco lo había de ser por María, y tanto más cuanto que ella tenía más virtud que todos los apóstoles. ¿Y por qué, pues, no lo hizo? Por su hermosura divina, porque en su belleza brillaban las luces de la divinidad.

Tal es el pensamiento de san Dionisio Areopagita, ⁵² el cual asegura que al ver a María santísima quedó tan admirado, que la habría adorado como a Dios, si la fe no le hubiese enseñado que no puede ser más que uno.

¡Tan exacto es cuanto se afirma de la hermosura de la Virgen! Porque si todo un Dionisio, que era el más sabio y el que poseía mayores conocimientos, sintió lo que decimos, ¿qué habrían experimentado los fieles al contemplarla?

María en medio de su hermosura, era modestísima, movía a castidad a cuantos la miraban y apagaba toda concupiscencia con solo su semblante. ¡Oh, vosotras, almas cristianas, que sois viudas, ahí tenéis a vuestro modelo, porque ella es la bendita entre las viudas! ¡Y a cuántas les falta esta virtud! ¡Cuántas vuelven a lujuriar, como dice el Apóstol Pablo! ⁵³ ¡Cuántas dejan de ser verdaderas viudas y viven otra vez según los caprichos de la vanidad! ¡Cuántas se sirven de su fatal experiencia para corromper a los demás! ¡Cuántas viven de asiento en el pecado como si jamás hubiesen de morir! ¡Cuántas hay que no acaban de ser devotas y de darse a Dios como debieran!

Amemos todos a María, y no queramos otra hermosura que la que depende de la gracia; amemos a María, y acudamos a ella al asomarse a nosotros el incentivo de la concupiscencia, y amemos a María de modo que digamos prácticamente que es la bendita entre las viudas.

19. Bendita entre las casadas

El matrimonio, lector carísimo, es un estado santo; los que se casan como manda la Iglesia reciben un sacramento y quedan en estado de santidad. Claro está que no intento hablar de aquellas jóvenes que se casan por pasión, por satisfacer un amor no casto y tal vez criminal, que se sirven del matrimonio para ocultar su molicie, que hacen lo que siempre debieron temer, y que como si todo les fuese lícito, se portan como brutos animales.

¡Oh Dios! ¡Y cuánta confusión para la Iglesia tener en su seno semejantes casadas! Pero prescindamos de todo esto, para hablar tan solo de las buenas cristianas, y que con su conducta nos autorizan a decir que su estado es de santidad. Sí, santas tiene el estado del matrimonio, y nuestro Señor Jesucristo lo santificó queriendo nacer de una casada; le quitó todo su mal parecer

⁵¹ *Jn* 11, 1 ss.

⁵² SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, *Las Glorias de María, Discurso IV, Punto II*, p. 177

⁵³ *ITm* 5, 1-15

asistiendo a las bodas de Caná de Galilea, ⁵⁴ y haciendo en ellas su primer milagro; y manifestó cuan querido le era, elevándolo a la dignidad de sacramento.

Santa Brígida era casada, y durante su matrimonio, alcanzó muchas gracias de Dios, y llegó a una muy admirable perfección. Santa Matilde se da a Dios completamente, se hace mujer de oración, practica heroicamente las virtudes más difíciles, y acaba por convertir a su marido no obstante ser idólatra. Santa Isabel, del centro mismo de su corte, se despoja de su grandeza, se declara la madre de los pobres, establece la paz por doquiera, y muere distinguida con los favores más especiales. Santa Francisca supo despreciar toda la vanidad de Roma pagana, se hace ferviente discípula del Salvador y se santifica. Santa Mónica convierte a su marido; y con su paciencia y su llanto, con su fervor y penitencia, con su oración y perseverancia, da a la Iglesia uno de los mayores santos, no obstante de haber sido de las más grandes pecadores. En una palabra, el estado del matrimonio es un estado santo.

Claro está que no es este el lugar de decir cómo se santificaron estas casadas, sino probar que María es entre las casadas la bendita, ya que tal es la fuerza del bendita tú eres ¡Oh María! bendita, sí entre todas las mujeres.

Para no alargar en demasía este párrafo, prescindiremos de aquel género de pruebas que consiste en alegar sus virtudes, y solo nos limitaremos a tres veces bendita en su matrimonio, al paso que todas las mujeres reciben una triple maldición. En efecto; por causa del pecado de nuestros primeros padres, puede decirse, maldita es la mujer casada; y como a tal concibe en pecado un hijo de maldición, un hijo de ira, desheredado del cielo y mereciendo el infierno. Y sean después los hijos lo que quisieren; sean profetas, patriarcas, reyes, emperadores y aún pontífices, siempre es cierto que su madre les comunicó la mancha del pecado y los hizo hijos de maldición.

Pero no sucedió esto con María, sino que fue la feliz Madre del más feliz de los hijos, y no pudo comunicarle una mancha que ella no tenía, como eminentemente preservada de la culpa original. ¿Cómo no llamar bendita a esta Madre que dio a luz a la misma bendición? ⁵⁵

La otra maldición en que incurren todas las casadas, consiste en los trabajos que sufren durante su preñez; pero María concibió a su Hijo sin el menor menoscabo de su virginidad, no tuvo que sufrir ninguna aflicción; y a la manera que una preciosa margarita, hábilmente engastada en un anillo, no le sirve de peso sino de gracia y honor, así el tener la santísima Virgen en su seno al Hijo de Dios, no le sirvió de pena alguna, sino de continuo gozo.

La tercera maldición en la que cae una mujer cuando se casa, es el concebir en fuerza de la pérdida de su virginidad, y parir con tantos y tales dolores, que muchas veces perece en ellos; pero la santísima Virgen concibió no por obra de hombre, sino que cubriéndola el Espíritu santo con su sombra, la fecundizó dejándola Virgen antes del parto, Virgen en el parto y Virgen después del parto. Lo llevó en su seno y lo dio a luz, y lo tomaba en sus manos entre un conjunto de

⁵⁴ Jn 2,12

⁵⁵ VD 13

delirios tan celestiales y divinos, que ni tienen noticia de ellos los más encumbrados querubines.

¿Qué más puede decirse de María para proclamarla la bendita entre las casadas? Amemos, lector carísimo, amemos a nuestra Reina y Madre; amémosla con toda la ternura y con todos los afectos; amémosla como desea que nosotros la amemos; amémosla en toda ocasión, en todo trabajo, en toda palabra, en todo instante; y amémosla como el Hijo divino amaba a su divina Madre. ¡Oh, qué bueno y gustoso es amar a María! ¡Oh si siempre la estuviésemos saludando con el Ave María!

20. Bendita entre todas las vírgenes

Las vírgenes forman el estado más glorioso de la Iglesia, de modo que no puede explicarse ni concebirse hasta qué punto agrada a Dios el estado virginal. San Juan,⁵⁶ para que comprendiéramos un poco esta idea, nos presenta a la vírgenes siguiendo al Cordero inmaculado por doquiera que vaya, entonándole un cántico nuevo, y llevando además en su frente el nombre suyo y el de su Padre.⁵⁷

Siendo esto así, ya podemos predicar que son innumerables las prerrogativas de una virgen. ¿Pero que diremos de las que competen a la Virgen Madre? ¡Qué dicha la del cristiano que pudiese numerar sus incontables privilegios! Sólo el arcángel pudo encerrarlos todos al decirle que ella era la bendita entre todas las mujeres. Más nosotros no lo comprendemos y a la manera que hablamos de la luz y de los colores, sin explicar debidamente en qué consisten; así hablamos de las excelentes prerrogativas de la Madre de Dios, sin entenderlas como ellas son en sí mismas. ¡Oh, qué grande sería nuestra felicidad si acertáramos a decir algo de lo que es María! ¡Con que puntualidad le diríamos Ave María! ¡Con qué afecto la iríamos predicando llena de gracia! ¡Con qué interés la denominaríamos el Señor es contigo! ¡Y con qué amor la apellidaríamos bendita tú eres entre todas las mujeres!

Contemplémosla entretanto como volviéndose a Jesús y diciéndoles: “Yo te engendré, y fui madre sin dejar de ser Virgen.” María santísima es Virgen, no como las demás vírgenes, sino que es una Virgen Madre, es aquella Virgen privilegiada que es única como el fruto del granado. Porque a la manera que este parece el rey de las frutas por la corona que lo caracteriza, así aparece la virginidad de María, que queda ante nosotros como la Reina de las vírgenes, que ella fue la primera que enarbó el blanco estandarte de la santa virginidad, y al modo que Jesucristo dio al Padre nuevos adoradores que lo adoraran en espíritu y en verdad, así María da a Jesucristo cien y cien ángeles en carne, destinados a presentar a Jesús las oraciones de los santos.

Mira, lector carísimo, María es bendita entre las vírgenes por ser la primera entre estos ángeles en carne; y lo es hasta poder decir: Os he dado ejemplo en la práctica de la virginidad, para que vosotros hagáis lo que yo hice. ¿Cómo no amar a María?

⁵⁶ Ap 14, 4

⁵⁷ Nota de Vilaseca: bellísimas expresiones con las que nos declara que ellas forman las complacencias de Jesús.

Sí, es bendita por ser la hija excelentísima de Dios Padre, la Madre tierna del Hijo de Dios y la sacrosanta Esposa de Dios Espíritu santo. ¡Oh María! tú eres bendita en todos los lugares y en todas las virtudes, eres la que obró según leyes las más milagrosas a fin de que fuese tu primer carácter el ser inmaculada.

¡Oh María! tú eres bendita entre todas las mujeres, porque eres un prodigio de hermosura y eres un milagro de la gracia. Bendita entre todas las mujeres, así como todas fueron malditas en la persona de Eva. Bendita entre todas las mujeres, porque tú sola eres capaz de quitar la maldición de nuestro primer pecado, porque en ti serán bendecidas todas las naciones.⁵⁸

Bendita tú eres, porque con la práctica de la virtud mostraste en qué consiste tu principal bendición; bendita entre las casadas, porque fuiste libre de sus maldiciones, y con tu gracia tú misma las bendices; y bendita entre las vírgenes, porque ellas te reconocen como a su Reina. ¡Ah!, clamemos sin cesar que María sea bendita, que su nombre sea alabado, que su culto sea extendido y que frecuentemente podamos decir: *Bendita tú eres entre todas las mujeres.*

21. Devoción al ayuno

Los devotos de María acostumbran honrarla con el obsequio especial del ayuno, y lo hacen de un modo particular en los sábados y en las vigilias de sus fiestas. Es muy agradable a María santísima el ayuno del sábado, porque este día el está dedicado, y con razón, ya que ella en el sábado santo fue la única que conservó en todo su brillo las luces de la fe en Jesucristo; y este sábado lo celebra la Iglesia en todos los sábados del año. Las vigilias de las fiestas no le son menos agradables, porque cada una de las festividades es para nosotros una escuela de virtud.

Pues, lector carísimo, te recomiendo estos ayunos, porque si los del mundo por la prescripción del médico ayunan de muchas cosas que les gustan, claro está que es muy justo que lo hagas tú por devoción y afecto a la santísima Virgen María. Puedes ayunar según tu robustez y posibilidad: muchos santos han ayunado los sábados y vigilias de las festividades de María santísima, a pan y agua; otros han ayunado comiendo en las veinticuatro horas una sola vez; otros han ayunado según la costumbre con que lo hacen en nuestros días los buenos cristianos; otros ayunas de algún plato que les gusta, de la fruta, del dulce y de otros modos que ha sabido inventar la piedad de los devotos de María.

De mi parte te aconsejo que adoptes alguno de los indicados, que lo hagas no por uno o dos días, sino con grande perseverancia; no como por fuerza o casi repugnando, sino gustosa y voluntariamente. Te aseguro que si haces estos ayunos bien y con la debida fidelidad, tendrás una seguridad moral de tu salvación eterna; ya porque María te alcanzará gracias poderosas para que hagas en vida una buena confesión, ya porque en la hora de la muerte te asistirá con tantas gracias especiales, cuantos hayan sido los ayunos hechos en su honor.

⁵⁸ VD 53. La contraposición Eva-María es un tema muy común en los santos Padres. Cf. JUSTINIANO, +ca 165; IRINEO, *Adv. Haereses* III, 22,4, PG 7, 959.

Capítulo 5.
Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús

22. Excelencia de la maternidad divina

En este capítulo, lector carísimo, concluiremos la explicación del Ave María, y lo haremos con tanto mayor gusto, cuanto que podemos asegurar que ella sola entraña todo lo que ya hemos dicho; y aun dice casi infinitamente más: porque tal es el significado de estas palabras: *Y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús.*

¿Pero dónde está la alabanza, si ni siquiera se habla de María? Convengo que en las palabras ya explicadas se dirige uno a María de un modo especial, que la saluda el arcángel que se humilla hasta el polvo; que la llama llena de gracia de todas las criaturas y en grado más eminente; que la denomina *el Señor es contigo*, para atestiguaros hasta qué punto posee a Dios; y que la apellida *la bendita entre las mujeres*.

Pero también es preciso convenir que en estas palabras *bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús*, se habla del Hijo para hacer resaltar toda la grandeza de la Madre; y se dice que Jesucristo es su Hijo para publicar que María es su Madre. Divinas palabras porque nos presentan a *María Madre de Dios*; y ellas solas nos hacen de ella toda la alabanza y el mayor de los encomios y nos recuerdan todas sus excelencias y sus infinitos privilegios.

Porque por esto fue escogida entre todas las criaturas, por esto fue concebida sin culpa original, por esto desde el primer instante de su existencia tuvo mas gracia y mérito que todas las criaturas, por esto es sobre todos los ángeles y coros de la gloria, y, para decirlo de una vez, de esta maternidad divina en María se le siguen sus privilegios. Tal es lo que le decimos al pronunciar: *¡Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús!* ¿Podrás no amar a María? ¿Podrás no honrarla continua y fervientemente? ¿Podrás no poner tus gracias en el rezo del Ave María?

Para que no ignores menos la excelencia de María en fuerza de la maternidad divina, reflexiona que ella es aquella Virgen a quien Dios eligió por Madre suya; y Madre tan gloriosa y digna de tanto mérito, que no quiso hacerse su Hijo sin recibir antes su consentimiento.⁵⁹ ¡Oh María! ¡Oh inmaculada y divina María! Tu hermosura es tan perfecta que ha enamorado al mismo Dios; y tu mérito es tan eminente, que te ha hecho digna de que Dios te mirase con singular amor.

Por ti el Rey de los reyes desciende a la tierra; por ti el Hijo Eterno, sin dejar su eterno descanso, fija su habitación en tu purísimo vientre; y tus ojos, fijos siempre en la divina grandeza, no la perdieron jamás de vista.

La elevación a que fue sublimada María, es tal, cual sublime es la excelencia y grandeza de Dios: la hizo su Madre, y el evangelista con solo decirlo, incluyó en este pensamiento todas las grandezas. En suma, decir que María es Madre de Dios, es decir lo máximo y aun lo total de toda prerrogativa y toda excelencia, y lo mayor que puede pensarse después de Dios. A vista de

⁵⁹ VD 16

esto, ¿Quién será capaz de explicar estas palabras del Ave María? ¿Cómo dar a conocer el *bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús*? Sólo diré algo, lector carísimo, para que ignores menos. ¡Oh María! hacedme la gracia de que diga sólo lo que vos sois.

23. María santísima desde el primer instante de su concepción inmaculada tuvo un conocimiento perfecto de su futura elevación

Así con esta gracia, aparecía María ya desde su primer instante, no de un modo común y ordinario, sino como la futura Madre del Criador; y no sólo se vería en ella a la feliz criatura a la cual exaltó Dios, cuanto es capaz la más excelente criatura.

Porque María con este conocimiento perfecto de su futura elevación, parece que había correspondido más de lleno a todos los beneficios que recibiera de su Señor; que su gratitud fuera tanto más marcada, cuanto eran mayores los beneficios que sabía haber recibido, y que todos sus actos habrían ido acompañados de un no sé qué tan divino, que sólo aquel hombre que es Dios, puede corresponder de un modo más perfecto. Este privilegio, que tal puede concederse a María, parece ser no una cosa nueva, sino ya comprendida en la salutación angélica; porque así como estos saludos fueron los mayores, así suponen en el que los recibe el mayor número de gracias; luego suponen esta gracia del conocimiento perfecto de su futura elevación.

El ángel la apellida la llena de gracia, y por tanto, la que no carece de una gracia en cierto modo necesaria, o al menos siempre utilísima, para llegar a poseer toda la perfección a que Dios la llamara. Esta gracia pudo incluirla el arcángel al afirmar, que *el Señor es contigo*; porque esto afirma que Dios está con María de todos los modos posibles, y por tanto, con la gracia de este conocimiento perfecto de su futura elevación a la divina maternidad.

Por otra parte, a quien había de recibir el todo de la unión con Dios hasta identificarse con El, ¿se había de negar esta gracia? La supone *el bendita eres entre todas la mujeres*, porque no encontramos con criaturas que tuvieron el conocimiento perfecto de lo que les había de suceder.

Así Adán y Eva conocieron que eran los futuros padres de todo el género humano, que sus privilegios los constituían un poco inferior a los ángeles, que si pecaban los perderían todos y su descendencia sería desgraciada, y que si los conservaban bien, harían a sus hijos completamente felices. ⁶⁰

Noé conoció que era el Patriarca destinado a salvar el mundo; y con esto siguió aquella vida que lo hizo el santo y el justo. ⁶¹

Abraham supo que Dios lo llamaba, que era el padre de los creyentes, que su generación duraría por los siglos de los siglos, y que Dios mismo le tomara su nombre como para engrandecerse. ⁶²

⁶⁰ Gn 3,2

⁶¹ Gn 6,9

⁶² Gn 17,5

Así Isaac vio que él era la imagen del Salvador; que sus dos hijos serían lo jefes de una grande pueblo, y que de Jacob saldría la nación de las bendiciones. ⁶³

Así Jacob conoció que era el varón de los trabajos, que los doce hijos serían los doce patriarcas del pueblo de Dios, les predijo lo que habría de acontecerles a cada uno, y que el Mesías saldría de la tribu de Judá. ⁶⁴

Y así san Juan Bautista conoció desde el vientre de su madre juntamente con la gracia que lo santificó; conoció, digo, que era aquel que había de ser la voz de Dios, y lo había de dar a conocer como a ángel del Señor.

Y María, la causa segunda de toda la gracia, ¿cabalmente estaría privada de este conocimiento? Es cierto que pudo carecer de él así como también es cierto que lo pudo tener. De mi parte nada te determino: Solamente deseo que consideres que si María no es Dios, también es una verdad que por su unión casi hipostática con el Verbo se la pueda llamar divina; y por esto divina María, la apellidan sus más fieles devotos. ⁶⁵

Nada más noble que María, ya que ella es la Madre de Dios; nada más brillante, porque es la elegida por el esplendor del Padre; y porque decir que es Madre de Dios, es afirmar de ella todo privilegio, toda prerrogativa, toda excelencia, y aun toda gracia concebible a humana criatura y aun angélica. ¿Y le negaremos este conocimiento perfecto de su futura elevación, ala dignidad de Madre de Dios? Siguiendo a un gran doctor de la Iglesia podríamos decir: Este conocimiento era conveniente a María, Dios se lo pudo conceder, luego de hecho se lo dio.

24. María si es Madre de Dios es la criatura más semejante a Jesucristo verdadero Dios

Tal es, lector carísimo, una de las más bellas consecuencias que brotan de la divina maternidad. ¡Tal es la excelencia altísima de nuestra tierna Madre! Porque si Jesucristo es Dios, María por ser Madre es el principio de la santa humanidad de Jesucristo.

Según la incuestionable verdad de que cada uno engendra lo que es, vemos que la práctica atestigua que cada animal produce el animal de su misma especie; cada árbol, un árbol de su propia especie; y así los hombres blancos engendran a blancos, los negros a negros, y los indios a indios. El Espíritu santo para reforzarnos esta sentencia, nos ha dicho: El padre ha muerto, pero es como si no hubiese muerto, porque en la persona de su hijo ha dejado quien le es semejante.

¡Qué consecuencias tan bellas de este principio! ¡Qué grande y qué excelente aparece María! ¿Qué decimos, si no, al afirmar que bendito sea el fruto de su vientre Jesús? Afirmamos nada menos que María es semejante a Jesucristo; que todas las dotes excelentísimas que tiene Jesús, las tiene en algún modo María; que si el Hijo de Dios es el más hermoso entre los hijos de

⁶³ Gn 22, 2ss.

⁶⁴ Gn 49, 1 ss.

⁶⁵ VD 13

los hombres, María es la más hermosa⁶⁶; que si Jesucristo es el todo de todas las virtudes, María es su más perfecto compendio; en una palabra, ¿Quieres, lector carísimo, saber lo que es María? Dime lo que es su Hijo Jesús: porque si tal es el Padre cual es el Hijo; así tal es el Hijo cual es la madre;⁶⁷ por esto afirmo que si María es Madre de Dios, real y verdaderamente le conviene la más íntima semejanza con su Hijo que es Dios.

Por tanto esto es así, y de un modo tan exacto, que la carne de cristo es la carne de María, porque de ella fueron las primeras gotas de su purísima sangre con las que el Espíritu santo formara la humanidad de Jesús; porque con su misma sangre continuó alimentándolo durante los nueve meses; porque lo dio a luz como su verdadera Madre; porque con su leche lo nutrió, y por el total entrego que hizo de El a su eterno Padre.

¡Oh amantísima María! ¡Oh quién te amara como mereces, María, inmaculada y divina María! Ya que sois la augusta Madre de Dios, sed igualmente mi Madre; y a este fin yo me ofrezco por hijo vuestro en honra y gloria de vuestra divina maternidad. Madre mía, ahí tenéis a vuestro hijo; y os suplico que me alcancéis la gracia de que nunca me aparte de vos, mi tierna y mi querida Madre.

Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús. ¿Y por qué se servirá de esta palabra fruto? Sin duda alguna que fue para darnos la idea más divina que puede darse de la santísima Virgen. Porque si por los frutos se conoce el árbol, como nos ha enseñado el divino Maestro; e inferimos del fruto bueno la bondad de su árbol, del mismo modo que del fruto malo, lo pésimo del árbol que lo produjo, ¿Qué diremos del árbol que ha producido a Jesús? Sin duda alguna que es lo más semejante a Dios; que si el Verbo divino está hipostáticamente unido con la humanidad, María lo está con Dios con la unión más estrecha después de la hipostática⁶⁸; que si Jesús es el autor de la gracia, María es la que posee a toda la gracia; que si Jesús es el fruto bendito de su vientre, María es la bendita entre todas las mujeres; que existe la mayor semejanza entre Jesús y María; que las virtudes y cualidades, y gracias y excelencias de Jesús, son las excelencias y gracias y cualidades y virtudes de María, y que por esto se le dice divina María, porque hasta este punto convienen en la naturaleza la Madre y el Hijo.

Todo esto le recordamos a María al decirle: *Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús.* Si amas a María, si la tienes por tu Madre, si deseas honrarla y que sea venerada de todos los cristianos, repite sin cesar el Ave María, procura que los demás la recen también, y no te descuides de decir de un modo el más fervoroso el *Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús.*

⁶⁶ VD 12

⁶⁷ Quien es María, no. 34

⁶⁸ *Glorias*, p. 176

25. Devoción a la medalla milagrosa

Entre las devociones que agradan a la santísima Virgen, una de las que más quiere es el uso de la medalla, y yo no puedo menos de ponderártela por los muchos bienes espirituales con que se haya enriquecida.

Venera la medalla de la Virgen de los Dolores y toma la santa costumbre de rezarle todos los días siete Padre nuestros y siete Aves Marías gloriados en honor y reverencia de sus dolores. La medalla de nuestra Señora de la Merced es también muy útil. Y puedes venerar a María rezándole todos los días cinco credos y Aves Marías gloriados, pidiéndole que nos libre de la esclavitud del demonio⁶⁹ y del pecado. La medalla de la Anunciación es igualmente muy conforme a tu piedad y te representa nada menos que la Encarnación del Hijo de Dios. [Venérala] mediante el rezo de 10 Aves Marías gloriados.

Sobre todo te encargo la medalla de la inmaculada concepción, que en nuestros días se conoce con el dictado de milagrosa, y con razón, porque su origen es un verdadero milagro, su extensión un milagro y sus operaciones son un conjunto de tales prodigios que apenas los hay superiores.

Cuando nuestro Señor quiso que se declarase dogma de fe el misterio de la inmaculada concepción de su Madre, como para preparar el terreno se sirvió de esta medalla, donándola la santísima Virgen a los cristianos, por medio de una hija de la caridad, haciéndola entender que había llegado el momento de la declaración dogmática de este misterio y que iba a servirse de esta medalla para dispensar a los mortales indecibles gracias, si ellos usasen debidamente de esta su ternura y repitiesen con el debido afecto: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos!*

La extensión de esta medalla es una cosa tan extraordinaria, que jamás se ha visto una cosa semejante, y todos le profesan un cariño especial, y le dicen con grande afecto que ruegue por nosotros. El dictado de Milagrosa se lo han dado los pueblos a vista de los innumerables prodigios de todo género que todos los días se renuevan. Voy a referirte algunos cuantos que hace muy poco tiempo que han sucedido.

El primero es una niña que se puso bajo la protección de la concepción inmaculada de María con el título de la milagrosa; se consagró a ella y la adoptó como su madre; puso en María su confianza como su verdadera hija; hizo su primera comunión como un ángel en carne; conservó su inocencia todo el resto de su vida; puso sus delicias en dar María santísima pruebas inequívocas de afectuosa hija; se le consagraba diariamente y comulgaba sus principales festividades; y no obstante de vivir en una ciudad corrompida, llegó a los diez y siete años con todos los privilegios de la inocencia virginal. En una enfermedad grave que le sobrevino padeció dolores los más intensos; pero ella nunca perdía de vista la medalla milagrosa, la besaba con el mayor afecto, le pedía su bendición, y entregó su alma invocando con mucha ternura los nombres de María, María, María.

⁶⁹ VD 42

El segundo es de una hija de María que habiendo abrazado el santo matrimonio quiso santificarse cumpliendo bien todos los deberes de una madre de familia. A este fin consagró todos sus hijos a la inmaculada concepción y les inspiró la práctica santa de venerar este misterio por medio de la medalla milagrosa, y que repitiesen veinticuatro veces al día: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos!* Los acostumbró desde muy tiernos a que rezasen el Ave María delante de la santísima Virgen; hizo que la rezasen de rodillas, con la manos puestas al pecho, sin voltear la cabeza y con los ojos fijos en la imagen de María. Así se santificó esta buena madre, y así se santificaron todos sus hijos.

El tercero es de un joven que había hecho profesión de ser malo, porque era blasfemo, jurador, irreligioso, impío; mataba a sus padres con disgustos, se peleaba y hería; todas las deshonestidades habían entrado en su corazón. ¿Y qué remedio? No lo había en lo humano, porque ni sus padres, ni sus parientes, ni los buenos amigos, ni los sacerdotes, ni cosa alguna pudo hacerle mudar de vida y de costumbres, sino que obstinado en el mal, continuaba cometiendo todos los crímenes. Una hermana suya, a quien respetaba un poco, le pidió un favor, y este fue que colgase la prenda que le iba a dar, y que por mañana y tarde rezase una Ave María, con su advocación. El joven aunque completamente irreligioso y bufón, pero por condescender con su hermana tomó la medalla, la besó, rezó el Ave María, añadió la jaculatoria que dice: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos!* Y, ¡Oh prodigio! Apenas había concluido, cuando dos lágrimas rodaron por sus mejillas, se abraza con su querida medalla, derrama un mar de lágrimas, y el joven impío era ya un perfecto cristiano.

El cuarto es de un español que enfermo gravemente no quería confesarse, no obstante de haber pasado más de treinta años sin haber cumplido este deber de todo cristiano. Sus amigos, viendo que su era cierta y aun pronta, le hablaron con la dulzura y firmeza requeridas, pero en vano. Algunos sacerdotes le hablaron también, pero recibieron la misma negativa. Mas, he ahí que habiéndole entregado cierta persona la medalla milagrosa, la besó, rezó una Ave María, invocó su patrocinio con la jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos!* e inmediatamente se sintió su corazón tan mudado, que llamó a un padre y le dijo que se quería confesar; lo hizo generalmente, y murió con todos los sentimientos de piedad y reverenciando y honrando a su querida medalla.

El quinto es el de un francés que a la vida licenciosa de soldado, había añadido las ideas más avanzadas de la incredulidad. Su vida se acababa por momentos, y él hacía alarde de todos los crímenes, y manchaba sus labios con las más horrendas blasfemias. En tan triste situación, la hermana de la caridad N. Creyó que era completamente inútil no sólo hablarle de confesión, mas ni siquiera de Dios. Llena esta buena hermana de confianza hacia la medalla milagrosa, piensa en dársela, para que la santísima Virgen muestre que es la Madre de aquel infeliz. Mas temiendo irritarlo, se contenta con ponerla debajo de su almohada. Inmediatamente se durmió el enfermo; despierta a los pocos minutos, llama a la hermana, llora...y le dice que quiere confesarse. El sacerdote lo confesó, le administró los santos sacramentos y murió abrazado con su medalla, besándola y repitiendo el *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos!*

El sexto... pero ¿cuándo acabaría, lector carísimo, de contarte los mil y mil casos cual más prodigiosos obrados en fuerza de la gracia que María ha colocado en esta medalla milagrosa, para que la repartas a todos cuantos pudieres y les inculques algunas de las devociones que encuentres marcadas en esta obrita?

Capítulo 6. Santa María, Madre de Dios

26. Santidad de María

Dos son las partes, lector carísimo, que contiene la oración del Ave María, de las cuales, habiendo explicado la primera, es muy justo que nos hagamos cargo de la segunda. ¡Ah! ¡Quién pudiera penetrarla un poco! Todo cuanto hay en ella es excelentísimo en sí mismo, y al mismo tiempo es lo más útil para nosotros.

De María dice tanto, que por antonomasia es declarada *la santa* y la *augusta Madre de Dios*; y de nosotros dice tanto, que nos presenta como los hijos más queridos de esta divina Madre. *¡Santa María!* ¡Oh, qué alabanza! Es como si dijera, a la manera que Dios es el tres veces santo, así tres veces santa es María; y a la manera que Dios es santo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu santo, así María es santa en su concepción, santa en su nacimiento y santa en toda su vida. *¡Santa María!* es como si aseguráramos que María es el templo del Señor,⁷⁰ el sagrario del Espíritu santo, la toda hermosa y sin defecto; que es la única y sola amiga del Altísimo; el huerto cerrado, porque jamás entraron en él los enemigos para ofenderle; la fuente sellada,⁷¹ porque siempre se mantuvo ilesa de todo pecado, y es tan santa, que fue fundada sobre los montes más santos.

¡Santa María! es la puerta amantísima, y mucho más que los tabernáculos de Judá; es la paloma sin la hiel de la culpa, la perfecta sin la mancha de origen, la única tan santa que fue concebida con la plenitud de la gracia. *¡Santa María!* es tan santa, que es la Virgen pura, ajena de toda corrupción; la Virgen limpia e intacta de todo pecado; la inmaculada y la remotísima de todo defecto, la nube misteriosa que nunca desprendió tinieblas sino siempre la eterna y divina luz, la inmune hasta de toda sombra de pecado, la que en nada fue manchada ni corrompida, y el divino paraíso en el cual había de colocarse el santo de los santos.

¡Oh María! Tú eres la santa de los santos, y tienes una santidad que se compone de la fe de los israelitas; de la esperanza de los patriarcas y profetas; de la caridad de los apóstoles y evangelistas; de la fortaleza de los mártires; de la compunción de los confesores, y de todas las virtudes.

En fin, para concluir de una vez sobre la santidad de María, diremos que su perfección llegó hasta el punto de que ninguna cosa del mundo embarazaba sus afectos, que todo era en ella un perenne ardo de caridad, de la que estaba colmada, y que su corazón era brasas, brasas ardientes, y como un volcán de eternas llamas. Tanta era la santidad de María, y tal es lo que le recordamos al decirla *¡Santa María!*

Los santos declaran que al apellidarla *¡Madre de Dios!* no es predicar de ella una cosa nueva, sino que se habla de aquella dignidad que ya explicamos al hacernos cargo del bendito

⁷⁰ VD 48

⁷¹ VD 5; 263; cf. Ct 4, 12.

sea el fruto de tu vientre, Jesús. Ahora nada asentaremos de nuevo, sino que vamos a presentar algunas consecuencias de tan sobre extraordinaria dignidad.

27. Si es Madre de Dios, conviene en la dignidad de Dios

Cuando la Iglesia ha presentado a Jesús, como el fruto bendito del vientre de María; claro está que sabiendo que Jesús es Dios, nos presenta a su augusta Madre con el dictado de Madre de Dios. Mas como esta dignidad es absolutamente sobre toda otra dignidad, y ciertos espíritus tímidos podrían no atreverse a decirlo; la Iglesia se encargó de declararlo poniéndolo en boca de todos los fieles, al decir: *Santa María, Madre de Dios*.

María es Madre de Dios, no porque el Verbo tenga Madre, sino porque este Verbo divino engendrado no en el tiempo como María, sino antes de todos los siglos y de todo principio, quiso hacerse hombre; y de hecho se hizo carne en el seno de María santísima; y como en Jesucristo aunque haya la naturaleza divina como Hijo eterno de Dios, y la naturaleza como Hijo natural de María, no hay dos personas, sino una sola persona y ésta divina; de ahí resulta que María es la verdadera Madre de esta persona divina, y por tanto la Madre de Dios; y de ahí el que la gloria de María no sea una gloria propia, sino una gloria que le es proveniente de haber concebido al Verbo. ¡Qué dignidad la dignidad de María!

Bien podemos asegurar que si ella es Madre de Dios, le conviene la dignidad de Dios; porque la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, y la gloria de la Madre es la gloria del Hijo. Hemos oído que muchas madres han sido en gran manera glorificadas, no por los que ellas eran, sino por lo que sus hijos llegaron a ser. ¿Qué no se dijo de Sara la madre de Isaac? Y todo porque este fue una exacta figura del Salvador en el momento de subir al Calvario cargado con la cruz. ¿Qué no se dijo de Rebeca, la madre de Jacob? Y todo por haber representado a nuestro Señor en su vida de pena, de trabajo y de aflicción. ¿Qué no se dijo de Raquel, la madre de José, por haber sido éste una de las figuras que mejor representaron a Jesucristo? ¿Qué no se dijo de Betsabé la madre de Salomón, el cual no fue otra cosa que una débil imagen del Salvador divino?

Pues si estas madres recibieron su gloria y dignidad de la dignidad y gloria de sus hijos, ¿Qué diremos de la dignidad y gloria de María, siendo ella la Madre del Hijo divino?

Por otra parte: ¿Quién es su Hijo? El Hijo de Dios, es el Rey de reyes y Señor de los señores, es el que vive por los siglos de los siglos, es el que reina, pero con un reinado que no tendrá fin, es el que dirige los vientos y tempestades, el que mando al trueno y al rayo, el que sostiene con su dedo la redondez de la tierra, el que abarca en la palma de su mano las aguas todas del océano, en una palabra, es Dios. Pues si tal es la dignidad de este Hijo, ¿qué diremos de su Madre? Digo, sí, que su dignidad supera a todas las dignidades del cielo y de la tierra y a cuanto las celestes virtudes pueden decir y aun imaginar. Y digo de una vez para siempre, que la dignidad de María, por el mismo hecho ser Madre de Dios, es como una dignidad infinita que ha brotado del bien infinito que es Dios.

Por esto es de un modo especial la escogida como el sol, por esto su cuerpo y su alma fueron fabricados como templos adecuados al Espíritu santo, por esto la enriqueció Dios Padre con todo su poder, por esto la ensalzó Dios Hijo sobre toda virtud, por esto la llenó el Espíritu santo de todo su amor, por esto toda la Trinidad le comunicó el tesoro⁷² sobreabundantísimo de sus gracias, por esto fue constituida la Reina de los ángeles, la Señora de los hombres y la Emperatriz del universo mundo, y, por decirlo en una palabra, fue constituida a una dignidad tal que sólo es un grado inferior a la dignidad de Dios.⁷³

María fue una mujer que parió a Dios y por esto debió ser elevada hasta cierta igualdad con Dios; y por decirlo con un gran santo en nombre de Jesucristo: ¡Oh Madre mía! Tú me comunicaste lo que es el hombre, para que yo te comunicara lo que es Dios. De lo dicho se sigue que María no es Dios; pero que es todo aquello que no es Dios; que puede por gracia y privilegio lo que Dios por esencia y naturaleza; y que siendo poderoso, sapientísimo y omnipotente no puede hacer otra María, no sabe hacer otra María, ni tiene idea para hacer una obra más perfecta que María; porque si atendiendo a la omnipotencia de Dios podría hacerla superior; pero no lo es con relación a la criatura, porque comunicó a María cuanto pudo comunicarle.⁷⁴

Tal es lo que recordamos a María al decir: *Santa María, Madre de Dios*. ¡Oh! y cuánto desearía, lector carísimo, que te dieras a Dios de modo que repitieras casi siempre el Ave María. Rézala muchas veces al día, y te encargo una singular devoción para cuando tus labios digan el *santa María, Madre de Dios*. ¿Podrías no dirigirle esta prueba de tu cariño? ¿Podrías no practicar ese conjunto de obsequios destinados a honrarla?

Mira a María, ¿la ves? Es la Madre de Dios, y es, por lo tanto la criatura más cercana a Dios, es la que participa más de su gracia, excelencia, perfección y grandeza; y es aquella cuya dignidad es de un orden superior a toda otra dignidad criada, cuya dignidad la declara que pertenece en cierto modo al orden de la unión hipostática con una⁷⁵ persona divina en fuerza de su unión suprema con Dios; en suma, es la dignidad más inmediata a la de Dios, porque ninguna criatura puede estar tan unida con Dios, si no es haciéndose Dios.

María santísima para ser Madre de Dios necesitó ser elevada hasta hallarse con cierta igualdad⁷⁶ con las personas divinas por medio de un caudal casi infinito de gracias; porque Dios habitó en María de un modo singular, que llamarse podría de identificación⁷⁷ con Dios; de donde resulta que han de enmudecer y aun temblar los más encumbrados serafines sólo con poner

⁷² VD 23

⁷³ santos Padres y san Alfonso Maria de Liguorio, *Las Glorias de María*. p. 176

⁷⁴ *Glorias*, p. 177

⁷⁵ *Glorias*, p. 177

⁷⁶ *Glorias*, p. 177

⁷⁷ *Glorias*, p. 177

los ojos en la inmensa dignidad de Madre de Dios, porque en fuerza de ella concedemos que Jesús habitó en María y que María tiene con Jesús la identidad ⁷⁸de la naturaleza.

María por esta razón tan estrecha con Dios, recibe una dignidad tan superior, que llamarse puede infinita; y su dignidad es sobre toda otra dignidad, porque al paso que no puede recibir mayor gracia, así no puede recibir mayor prerrogativa; ya porque el ser Madre del Infinito, lleva consigo cierta infinidad, ya porque fue exaltada de un modo tan sumo, que no puede serlo más; ya porque Dios con ser Dios no puede hacer una criatura más divinizada ni más cabalmente perfectísima que su madre; y al modo que esta no puede hallar un hijo más noble, in más excelente que Jesús, así Jesús no pudo hallar una Madre que fuese más noble ni más divina que María. ⁷⁹

28. Si es Madre de Dios tiene la administración de todos sus bienes

No es necesario probar a tu piedad que María es la dispensadora ⁸⁰ de todas las gracias; y que lo es de tal suerte, que ni una sola reciben los mortales, si esta no pasa antes por sus manos. Porque ¿Podría el mejor de los hijos no entregar todas sus cosas a la mejor de las madres? Esta es la creencia de los fieles, así lo predicán los santos; así lo dicen los doctores; y así lo define la Iglesia.

Y no es extraño porque si Jesucristo es el Rey de reyes, María es la divina reina de toda la tierra y aun del cielo; si Jesucristo es el tesoro de las gracias, María es la que lo posee completamente; si Jesucristo es la fuente de todo celestial, María es el acueducto ⁸¹de este don divino; y porque María en el cielo y en la tierra todo lo rige y gobierna por gracia y privilegio, del mismo modo que Jesucristo por esencia y naturaleza; y tanto es así, que podemos asegurar, que así como no se ha conferido ni una sola gracia que no parta de los méritos de Jesucristo, así jamás se ha dado, ni dará una gracia que no llegue a nosotros por los medios de María. Y esto se efectúa, no sólo porque todas las gracias, aun las más extraordinarias y superiores las posee eminentemente María; sino porque cediendo Jesucristo su derecho, quiere que ella sea su dispensadora. ⁸²

Para resumir brevemente lo que es la dignidad de Madre de Dios en María, sacaremos en pocas palabras sus consecuencias, afirmando: que si Jesucristo es para nosotros el Redentor, María es la corredentora, porque por su medio el hombre ha sido redimido, ya dando al Hijo de Dios su carne y su sangre, ya sufriendo al pie de la Cruz en su espíritu lo que el Señor sufrió en su cuerpo. Jesucristo es el restaurador de las santas relaciones entre el hombre y Dios; y María como la que confirma reformando las costumbres; Jesucristo es el renovador de la descendencia caída, y María la ensalzó hasta hacer que el hombre sea divinizado; Jesucristo es el mediador

⁷⁸ *Glorias*, p. 177

⁷⁹ *Glorias*, p. 177

⁸⁰ VD 25

⁸¹ VD 24

⁸² VD 24

nato entre Dios y los hombres; y María es nuestra mediadora ante Jesucristo; y de tal modo que todos pueden afirmar que por María y sólo por María se ha realizado la salvación de todos.

Todo esto, lector carísimo, le recordamos al rezarle: *Santa María, Madre de Dios*. Aclamémosla la santa, porque es la Madre de Dios; santa, porque la santidad de la Madre es la santidad del Hijo; santa, porque la gloria del Hijo es la gloria de la Madre; y santa, porque ha dado al mundo la idea más adecuada de la santidad de Jesucristo. ¡Oh! Démonos a María, recémosle el Ave María y, con afecto el más tierno, digámosle: *Santa Maria, Madre de Dios*.

29. Devoción a las visitas de María

Los devotos de María acostumbran darle pruebas de su tiernísimo afecto visitándola en sus principales templos e imágenes; y con razón, porque la consideran como ciudades de refugio en donde se acogen en medio de sus necesidades. Allí en las tentaciones o castigos que Dios envía, le hacen una santa violencia, para que intercediendo por ellos logren la cesación de toda calamidad; allí es donde acuden los niños; y a los pies de su augusta Madre hacen un entrega total de todo cuanto son y pueden ser y se le consagran como sus verdaderos hijos; allí acuden los jóvenes para la elección de estado, y para vencer las terribles tentaciones de la carne y de la sangre; allí los padres y madres, ponen bajo su protección a toda su familia, para infundir a todos una interna devoción a María; y allí en fin, acuden todos los cristianos para satisfacer un poco los efectos de su tierna devoción.

En algunas partes se halla establecida una cofradía con el título de la Corte de María; y de hecho, todos sus afiliados distribuidos en coros, compuestos de treinta y una personas, visitan todos los meses una vez a su augusta reina en aquella imagen o templo que les ha tocado en suerte, y durante el espacio de media hora le hacen su visita.

En la ciudad de Barcelona, en la iglesia de santa María del Mar, existe esta Cofradía con un fervor muy extraordinario. A buen seguro que consta de mil quinientos coros; y por tanto otras tantas personas son la que diariamente visitan a la santísima Virgen en aquella imagen que les ha sido señalada.

Ojalá que se estableciera este modo de honrar a la santísima Virgen. Pero mientras así no sea, hazle tú mismo la corte; y si eres cabeza de familia, puedes disponer que cada miembro de ella se encargue de una visita semanal, y la cumpla exactamente con el mayor fervor y devoción.

San Ligorio estableció para todos la visita diaria, hecha después de la del santísimo Sacramento. Ojalá que adoptes este modo de honrar a la augusta Madre de Dios. La visita puede componerse de media hora de oración mental sobre alguna virtud de María; de media hora de lectura en un libro que trate de María santísima, procurando leer muy despacio, para hacer actos de amor a María durante la lectura; del rezo del santísimo Rosario, y aun de quince veces el Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri, y en caso de mucha ocupación no te acuestes sin haberle rezado tres Aves María, que en la hora de la muerte todo te lo pagarán bien María santísima nuestra tierna y querida Madre.

Capítulo 7. Ruega por nosotros, pecadores

30. ¿Qué es María con relación a nosotros?

En los seis capítulos que anteceden, lector carísimo, no hemos hecho otra cosa que explicar un poco lo que es María en si misma según las palabras del Ave María; y ojalá que nos sirviéramos de esta noticia para amarla con todo el corazón; porque preciso es confesar que después de Dios, no sólo es una criatura, no sólo tiene más mérito, más gracia, más prerrogativas, más glorias y más excelencias que todas las demás criaturas juntas; sino que la supera a todas como el universo mundo de los cielos y tierra, al átomo que apenas divisamos al través de los mejores instrumentos. ¿Qué ama, pues, quien a María no ama? ¿Qué quiere quien a María no quiere?

María no sólo es todas las cosas en si misma, y las supera infinitamente, sino que también es el todo con relación a nosotros; y tanto es así, que pos sus ruegos nos alcanza la gracia de convertirnos, nos facilita la confesión sacramental, nos suministra la sagrada comunión, nos conduce a la práctica de la perseverancia, nos hace llegar a una grande santidad, y nos traslada seguros a la patria celestial. Y así María Magdalena salió de sus grandes pecados por la meditación de María y por ella confesó sus delitos a los pies del Salvador, por ella adquirió un arrepentimiento tan extraordinario, que le hizo amar tanto a nuestro Señor, que alcanzó un absoluto perdón; por ella legó a tanta santidad y perfección, que siete veces al día tenía sus pláticas con los santos ángeles; por ella le fue dado el privilegio de que su amor para con Jesucristo se publicar en todas la partes en donde se anunciase el Evangelio; y por ella, en fin, hace diez y nueve siglos que está disfrutando las delicias de la patria celestial.

Lector carísimo, ama a María, reverencia a María, honra a María, glorifica a María, y saludala con la oración del Ave María con la mayor frecuencia y devoción que puedas. Yo te aseguro que te irá muy bien al rezarla a cada hora, y aun mejor a cada media hora, y mucho mejor cada cuarto de hora; añadiendo aquella jaculatoria que le es tan agradable: *Oh María subida a los cielos, rogad por nosotros que recurrimos a vos.*

31. Ruega a Dios para que nos convirtamos

Nota bien, lector carísimo, para que conozcas bien todos los oficios que nos hace nuestra amantísima Madre la purísima Virgen María, que dos son las cosas necesarias para que el pecador se convierta, y tan absolutamente necesarias, que si falta una sola de ellas ya no puede verificarse la conversión. Lo primero que se necesita, es la gracia de Dios; y si falta, falta todo, y nada aprovecha toda la penitencia y toda la voluntad de convertirse. Lo segundo es, que el pecado con su voluntad quiere corresponder a la influencia de la gracia, y si falta esta correspondencia tampoco puede haber verdadera conversión. El pecador de su parte no puede alcanzar ni la una ni la otra; no la gracia de Dios, porque ¿quién podrá obligar a Dios a darnos lo que no sólo no nos debe, sino que en fuerza de su justicia puede negarnos completamente?

No la gracia de la correspondencia, porque con solo un pecado mortal queda el alma tan maleada, que dejado todo lo bueno sólo es a propósito para obrar todo lo malo. Sólo María es la que por su intercesión puede alcanzarnos aun las gracias, y convertirnos de pecadores en justos; porque así como nada puede negar Jesucristo a su divina Madre, así ningún pecador puede ser tan endurecidos que no se convierta cuando María lo quiere.

Porque a la manera que los niños cuando se les ofrece un dulce exquisito, o alguna de las cosas que más aman, inmediatamente extienden su mano para cogerla, así María tiene siempre a su disposición mil y mil gracias, con las cuales sin quitarnos la libertad nos hará la santa violencia de que correspondiendo al llamamiento divino nos convirtamos a Dios.

Nótalo bien, cuánto nos conviene amar a María, saludarla como el arcángel, predicarla llena de gracia, decirla el Señor es contigo, proclamarla bendita tú eres entre todas las mujeres y apellidar bendito el fruto de su vientre Jesús.⁸³

Ejemplifiquemos esta verdad con la conducta de María. Ya es Madre de Dios ¿y qué hace? Parte inmediata y presurosamente a casa de su prima. ¿Y por qué este cambio? ¡Ah! no lo temas por una cosa casual, porque es el cumplimiento de la palabra del Señor cuando decía: *Apacienta mis cabritos que están en el aprisco de mi Iglesia*: es el cumplimiento del soberano encargo que le hizo Jesucristo desde el árbol de la cruz: *Mujer, he ahí a tu hijo*; y de una manera especial es la práctica de estas palabras del Ave María: *Ruega por nosotros pecadores*. Por esto sale presurosa de su casa, por esto atraviesa el país de las montañas, y por esto no descansa hasta llegar a la casa de su prima, para que de esta manera pudiese salvar a Juan.

En efecto el Bautista, como concebido en pecado, no podía ser el precursor del que es tres veces santo; por esto fue María para convertirlo de pecador en justo; y lo hizo tan bien, que sólo con su llegada ya lo dejó lleno de gracia.

¡Oh lector carísimo! Tal es el oficio de la más tierna Madre con relación a los pecadores: por esto María es santísima, para santificarnos a nosotros; por esto es Madre de Dios, para que sea también la Madre nuestra. ¿Y podremos no ser devotos de María? ¡Ah! Confesémoslo de una vez para siempre: que habiendo pecado, no, no podemos salvarnos sin María.

32. Ruega a su Hijo para que nos perdone

Podemos pecar, lector carísimo, y con el pecado cerrarnos las puertas del cielo y abrimos las del infierno; mas por nosotros mismos no podemos salir de este abismo de desgracia; de allí es que el estado del pecador es el más desgraciado e infeliz. Dios nuestro Señor a ninguna criatura aborrece, no solo porque todas son obras de sus manos, sino que también porque todas en su clase son buenas y muy buenas, según la suprema declaración que hizo el Señor. Sólo el pecado es lo que aborrece, y lo aborrece infinitamente, y por los siglos de los siglos lo ha de aborrecer según la infinita malicia que sale de él.

⁸³ VD 33

Por esto odia Dios tanto el pecado que lo castigó tan terriblemente en los ángeles, en Adán, y fue un solo pecado; lo castigó en todo el género humano con un diluvio universal cuando toda carne se había maleado; lo castigó con un lluvia de fuego y azufre cuando los sodomitas hicieron sus nefandas maldades; lo castigó con la más fuertes y terribles plagas cuando Faraón se obstinó contra Dios; lo castigó con la muerte repentina de 185,000 hombres cuando el impío Sennaquerib blasfemaba contra el Dios de Israel; lo castigó...pero ¡cuándo acabaría de decirte cuánto Dios aborrece y odia el pecado!

Y en nuestros días, en que se comenten tantos pecados, pecados más graves y más maliciosos, ¿Por qué Dios, pregunto, no los castiga de un modo tan ruidoso? No hay otro por qué, la protección de María; es porque ella ruega por nosotros pecadores. ¡Cuan agradecidos hemos de ser a María! Sin María, infelices de nosotros. Cuantos años hace que estaríamos en el infierno.

Entonces Dios castigaba severísimamente, porque no había quien detuviese el brazo de su justicia. ¡Oh pecadores! Seamos devotos de María, saludémosla con el ángel: Ave María, y de una manera especial que ruegue por nosotros pecadores. ¡Infelices de nosotros sin la protección de María! porque años hace que las aguas de la ira divina nos habrían ahogado; años hace que los eternos fuegos estaría obrando sobre nosotros; años hace que la peste nos habría quitado una existencia criminal; que los ángeles nos habrían hecho desaparecer de la tierra y que los demonios nos habrían sepultado en los infiernos. ¿Y por qué no ha sucedido esto? No hay otro por qué, que la intervención poderosa de nuestra adorable Madre. ¡Oh cristianos! Vosotros que vivís tibios en el grande peligro de que Dios os abandone, ¿por qué aun no os ha vomitado de su corazón? No hay otro por qué, que la eficaz intervención de María. Clamemos, clamemos todos a María; ella ha suplido lo que a nosotros nos falta; ella nos ha alcanzado todas las bendiciones. Alabemos, pues, siempre a María, y repitamos con frecuencia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.*

33. Nos reviste de la gracia

El resultado de la conversión a Dios, es quedar el alma hermoseedada con mil y mil atractivos de la gracia, y tan transformada, que no hay en el mundo punto de comparación. ¡Pecamos! Este momento, pues, fue el más desgraciado de nuestra vida, porque se cumplió en nosotros la profecía de David que asegura, *que el pecado nos hace peores que los brutos animales.* Cuando soberbios no quisimos reconocer a Dios y a la conducta de su providencia, entonces nos comparamos con el pavo que nunca es tan feo como cuando hace ostentación de la belleza de su plumaje; cuando avaros dejamos correr nuestro corazón a las riquezas, entonces nos asemejamos al lobo rapaz que no se sacia nunca; cuando lujuriosos y obscenos anduviéramos tras deleites siempre prohibidos, nos convertiríamos en animales inmundos que al modo de cerdos se revuelcan por en el cieno; cuando envidiosos quisiéramos apropiarnos lo que no nos conviene, abrazaríamos la semejanza de perro que ladra a veces con solo ver la sombra; cuando golosos nos cebamos en viandas prohibidas al tiempo, lugar o circunstancias, obramos como el cocodrilo cuyas fauces son extremadamente devoradoras; cuando iracundos despedazamos la conducta ajena y destruimos su buen nombre, nos asemejamos al león que con sus garra destruye la vida;

y cuando perezosos en las cosas divinas nunca acabamos de dar a Dios lo que no pide con tanta justicia, entonces nos quedamos en la práctica a la manera del asno.

¡Bonita semejanza! Pero que brota del pecado como la hoja de la rama. ¿Y cómo quitar-nos tanta ignominia? ¿Cómo adquirir nuestra primera dignidad? ¿Cómo revestirnos de la hermosura de la gracia? Nosotros no podemos hacerlo; pero bendigamos una y mil veces a María, porque cobijándonos ella bajo las alas poderosas de su manto, nos quita toda la fiereza del pecado, y nos torna con toda la mansedumbre del amor.

Esta doctrina es de tal suerte la de toda la Iglesia universal, que esta cariñosa Madre pone en boca de todos sus hijos una multitud de oraciones cuyo destino es mostrarnos su grande protección y patrocinio; y no debes tomarlo por una novedad porque no es otra cosa que una exacta consecuencia del ruego por nosotros pecadores.

Contemplaba David en espíritu todas estas operaciones de la santísima Virgen María, y no contento con apellidarse su hijo, nos describió admirablemente su protección especial al decirnos que el Señor salvará a los hombres y a los animales. A los hombres, es decir, a los justos que cumplen la ley santa de Dios, porque recibirán la eterna gloria; y a los animales, nuestro Señor los salvará por medio de su Madre,⁸⁴ como si dijera: Dios los revestirá de la hermosura de la gracia después que María los haya protegido con su poder.

¿A vista de esto, podremos no ser devotos de María? ¿Cómo no rogarle que nos mire con ojos propicios? Confesemos con la confesión de que nuestros pecados han sido la causa de todos nuestros males; continuemos viendo a María clamando en nuestro favor, dando a luz y en medio de los atroces tormentos todas las gracias que no ha merecido, todas las inspiraciones recibidas, los piadosos ejemplos que hemos visto, y aun los desconsuelos, los infortunios, las enfermedades y la misma muerte. María nos alcanzó todas estas gracias, y todas nos las da conforme la necesidad.

Confiemos, pues, en María ya que ella está rogando siempre por nosotros; amemos a María, ya que el amor es lo único que nos pide como en correspondencia a tantos beneficios. ¡Oh gloriosísima Virgen María! A tus plantas nos tienes postrados para suplicarte que seas nuestra Madre, protectora y abogada; de modo que ruegues sin cesar por nosotros, y de esta manera detengas el brazo de la justicia divina. Tú eres la única esperanza de los pecadores, porque eres la más tierna Madre de los que siéndolo trabajan con todas sus fuerzas para salir de los calabozos de la culpa.

¡Ah, con qué afecto ruega por nosotros pecadores! ¡Con qué ternura nos alarga la mano para que nos levantemos! ¡Y con qué súplicas hemos de pedirle tanto bien! Pero, lector carísimo, no te hagas ilusión; María es tu madre si quieres enmendarte, y no hay solicitud que compararse con la solicitud suya. Pero si orgulloso, si atrevido, si perverso, si infame quieres continuar de asiento en la culpa... ¡Ah miserable! No sólo no ruega por ti, sino que al par de su Hijo, será en el último día tu más riguroso juez. Pero si la buscas con el arrepentimiento, no dudes que es más que madre tuya, y siempre rogará por ti.

⁸⁴ VD 19

34. Devoción al escapulario azul celeste

El escapulario es uno de los medios que emplean los fieles para mostrar la devoción que tienen a su querida Madre; y no es extraño, porque él representa al vestido de la santísima Virgen.

El escapulario del Carmen es grande en su origen, porque es la santísima Virgen la que lo dio al B. Simón Stoch; grande en sus efectos, porque una persona que lo lleva y viviere según él, es imposible que se condene; grande en el aprecio de la Iglesia, por las incontables indulgencias tanto plenarias como parciales que están concedidas a todos los cofrades de este escapulario; y el Papa Juan XXII hizo saber que se librarían del purgatorio el primer sábado después de su muerte, si en vida hubiesen cumplido todo lo que él supone.

El escapulario de la Merced es igualmente grande bajo todos los puntos de vista; y si tú lo usaras pide al Señor que te libre no solo de la esclavitud del pecado mortal, sí que también del venial, y aun de toda imperfección hecha a sabiendas. En una palabra, casi hay tantas especies de escapularios, cuantas son las diversas invocaciones de la santísima Virgen; y en todos ellos hallarás grandes prodigios que admirar, y grandes bienes que recibir.

Aunque todos son buenos y muy saludables; pero en nuestros días hay uno que parece que es, por decirlo así, como el de la época, no sólo porque María santísima ha considerado mucho a sus devotos distinguiéndolos con gracias extraordinarias, sí que también por las innumerables indulgencias que tiene concedidas en vida y en muerte.

Este escapulario es azul celeste o de su concepción inmaculada, el cual tiene todas las indulgencias concedidas a cualquiera religión, lugar piadoso o persona; y rezando seis veces el Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri en honor de la santísima Trinidad y de María inmaculada, se ganan tantas veces todas las indulgencias de Roma, de la Porciúncula, de Jerusalén y de Galicia (las cuales ascienden a quinientas treinta y tres indulgencias plenarias, además de las parciales que son innumerables), cuantas veces rezaren dichos Padre nuestros y Ave Marías gloriosos.

Además tiene indulgencia plenaria en el día que se reciba el escapulario, y en las fiestas de la inmaculada concepción, Nacimiento, Purificación, Asunción y Anunciación de la santísima Virgen; en la última dominica de julio, en la fiesta de santa Teresa y en el día de la Porciúncula. Indulgencia plenaria el día 24 de marzo, 17 de julio, 7 de agosto, 14 de septiembre, 10 de noviembre y 13 de diciembre; todos los domingos primeros de cada mes, los sábados de cuaresma, viernes de pasión y miércoles, jueves y viernes santo. Indulgencia plenaria los días de Pascua, Ascensión, Pentecostés, Trinidad y Natividad; los días del nacimiento de san Juan, de san Pedro y san Pablo Apóstoles; de san Agustín, san Miguel arcángel, todos los santos, san José e invención de la santa Cruz.

Pío IX en su decreto de 3 de diciembre de 1847, concedió a los fieles que tuviesen este escapulario, todas las indulgencias de las estaciones de Roma (que verdaderamente son innumerables) visitando una Iglesia donde haya un altar dedicado a María santísima; y pueden con la misma diligencia ganar todas las indulgencias del santo Sepulcro y de la Tierra santa. Las indul-

gencias parciales son de tal suerte incontables, que ganan 60 años teniendo todos los días media hora de meditación; y 20 años, visitando a los enfermos; y lo mismo se ganan en los días 19,22 y 28 de enero; en los días 4,10,13,14,15 y 25 de febrero; en los días 6,13,17,29 de Marzo; en los días 5 y 8 de abril, en los días 4,5,10,16,21 y 25 de mayo; en los días 12,14 y 19 de junio; en los días 13 y 20 de julio; en los días 4,7,13,14,17,23 y 28 de agosto; en los días 2,5,10,18 y 25 de Septiembre; en los días 10,16,21,26 y 30 de Octubre, y en los días 14 de Noviembre y 16 de Diciembre.

Concluyo este punto asegurándote, que la santísima Virgen te agradecerá mucho el que te vistas de su escapulario; y siendo magnificentísima en todo, te retribuirá con cosas muy grandes aun las más pequeñas que tu le ofrecieres. ¡Ojalá que perseveres toda tu vida en llevar con grande afecto este escapulario de su inmaculada concepción!

Capítulo 8.

Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén, Jesús

35. Importancia de este capítulo

Con este capítulo vamos a concluir la explicación del Ave María. Y a la manera que los más meritorio de un cristiano es el fin de sus días, así lo más consolador de esta obrita es lo que vamos a ver en este último capítulo, porque en él nos ocupamos de la parte más importante del Ave María con relación a los cristianos; la cual no es otra, que considerar a la santísima Virgen rogando por nosotros en la hora de nuestra muerte.

Entre las cien mil prerrogativas de la augusta Madre de Dios, una de las que más la caracterizan es la de ayudar a los moribundos; la cual le fue concedida por los sufrimientos que toleró en el Calvario estando en pie junto a la cruz de su santísimo Hijo. Y a la manera que entonces por sus ruegos salvó al buen ladrón es por antonomasia la obra predilecta de la santísima Virgen María, porque en aquellos apremiantes momentos, le alcanzó con sus ruegos una gracia tan extraordinaria, que en un instante de pecado lo tornó en justo.

Le alcanzó una fe viva, con la cual confesó que aquel que moría enclavado en la cruz era el verdadero Hijo de Dios; le alcanzó una esperanza sincera, porque no obstante sus grandes pecados, creyó que el Señor se los había de perdonar; y le dio una caridad tan ardiente, que no se contentó con amarlo él solo, sino que impidió que fuese blasfemado, corrigiendo al mal ladrón.

Todos los días hace la santísima Virgen por medio de la medalla, apellidada con razón la Milagrosa, muy semejantes prodigios; y entre otros recordamos uno que escogemos con preferencia por haber sido testigo ocular.

Hace 3 años que en la ciudad de México el autor fue llamado para confesar a una enferma, y en cumplimiento de su oficio comenzó a prepararla para la confesión. Mas cual fue su sorpresa cuando oyó de la pobre enferma que no que no quería confesarse, que no quería comulgar, ni cumplir los mandamientos de Dios y muchos menos los de la Iglesia; que si quería estar en pecado, que quería pecar, que quería verse privada de Dios y aun que quería ir al infierno y allí quemarse y habitar con los demonios.

El autor se sirvió de todos los medios que le presentó su caridad, sin que pudiese adelantar ni siquiera un paso, sino que al contrario, a las referidas palabras añadió el vomitar las más horrendas blasfemias contra los santos y contra el mismo Jesucristo. En tales apuros, y después de haber empleado la oración y todos los otros medios imaginables, acudió a la intercesión de la medalla milagrosa, y María manifestó otra vez que de una manera muy especial ruega todavía por nosotros en la hora de la muerte. Se le colgó la medalla; y luego se aquietó, comenzó a mirarla, le besó con muchos fervor, se confesó, comulgó, recibió la extremaunción y acabó los pocos días con la muerte de los justos; tan cierto es que María ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte.

Bellísima conducta, que es, a no dudarlo, lo más grandioso de María, es el más heroico acto de la primera dignidad, es lo que más nos aprovecha, lo que de hecho más le pedimos, y lo que quiere que le pidamos con el ruego por nosotros pecadores *en la hora de nuestra muerte*.

36. Pedimos a María que en nuestra última hora nos libre de los enemigos

Entre las horas de la vida, una de las más aciagas es ciertamente la que precede a⁸⁵ la muerte, porque pende de ella nuestra eterna salvación. En aquel momento nos hemos de encontrar, y nos hallaremos no solos, sino acompañados de nuestras culpas. ¿Y qué será de nosotros? Si el justo apenas se salva, ¿Qué sucederá con el miserable pecador?

En aquel momento, lector carísimo, te encontrarás rodeado de enemigos que saldrán de ti mismo, enemigos enviados por el demonio, y enemigos permitidos por Dios; y enemigos que unidos contigo harán tu muerte muy terrible. De parte de ti mismo tendrás los enemigos de los más fuertes dolores, que por ventura los padecerás en no pocas partes de tu cuerpo, y es muy fácil que prefieras palabras en las que ofendas gravemente a Dios, de parte del demonio, que en aquel momento te acometerá con todo el rigor que pueda, y a la manera del león que siguiendo la presa ruge; y de parte de Dios que por el mismo hechos de ser infinitamente justo no puede menos que exigir aquella prueba de fidelidad que le es debida. ¡Oh, y qué trabajos tan atroces! Basta decir que aun los más grandes santos han temido estos momentos.⁸⁶

Pero, ¡Oh dicha de los fieles devotos de María! porque ellos oirán que esta buena Madre en recompensa de los ejercicios que le han prestado, los asiste en aquella hora de un modo especial. ¡Oh, qué dulce será su voz en aquellos momentos! No, jamás música alguna habrá tocado a los aficionados de modo tan armonioso, como las palabras de la Virgen en aquella hora resonarán en el corazón de sus amantes y fieles hijos; ¡Tantas y tan especiales son las gracias que ellas entrañan y que comunica bondadosa a cuantos la han servido bien!

¡Qué consuelo para aquella hora haber sido devotos de María! No, no puede decirse porque ella misma quiere suavizarles todos sus dolores, quiere protegerlos contra las asechanzas de Satanás, y aun quiere alentarlos cuando se sienten afligidos por los justos juicios de Dios. El conjunto de todas estas gracias se le piden sin cesar, diciendo uno el Ave María. ¡Oh si fuéramos tan felices que en lo sucesivo la repitiéramos de continuo! Bien podíamos creer que san Pablo murió repitiendo continuamente Jesús, Jesús, Jesús; así nosotros daríamos nuestro último suspiro diciendo María, María, María.

37. Que nos libre de las angustias de la muerte

Las angustias de la muerte son tantas y tales, que el Espíritu santo nos presenta a la muerte, y aun a la sola memoria de la muerte, como una cosa muy amarga. Contemplemos, sino,

⁸⁵ *Glorias*, p. 44

⁸⁶ VD 48

a un moribundo, ¿qué es lo que se ve en él? Todo cuanto le ofrece el futuro, lo presente y lo pasado, todo es para él una fuente de aflicción, de angustia y de trabajo.

Todo lo futuro lo ve amargo, porque sólo sabe de cierto que se va a morir, que bien pronto será muerto, que lo encerrarán en un sepulcro, que el mismo creará los gusanos que han de comerlo, y que dentro de pocos años yacerá en un abandono tan completo, que nadie pensará en él. Todo lo presente es tan amargo, que está en manos de la misma amargura; ahora aprecia que todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu y que las dignidades y honores, las riquezas y la abundancia, los conocidos y amigos son como el humo fantástico que apenas puede descubrirse.

Todo lo pasado, es beber hasta las heces el cáliz de la aflicción, porque recuerda todos los pecados e infidelidades e ingratitudes que ha hecho, y cuyo perdón no es cierto. ¡Qué estado tan triste! ¡Qué situación tan terrible! ¡Qué trabajos tan horrorosos! santos muy grandes han tenido en aquel momento gravísimas aflicciones, ¿Y nosotros no temeríamos? san Bernardo ⁸⁷ fue uno de los primeros santos que ha tenido su siglo, y en la hora de su muerte se vio rodeado de tales angustias que...pero acudió a María, y animándose así mismo, decía: ¿Alma mía, que temes? ¿Por qué temes salir de este mundo? Mira a María...ella ha de ser tu Señora y tu única esperanza.

Aunque nosotros no seamos tan santos, pero con todo podemos servirnos del medio eficaz de la protección de María; y si nuestras obras no nos inspiran mucha confianza, al menos nos la inspira del todo nuestra adorable y divina María. ¡Ah! Clamémosla desde este momento. ¡Qué vida tan feliz si siempre clamáramos a María! Comencemos desde ahora repitiendo con frecuencia Ave María; y con razón, porque si Jesús es el divino Sol de justicia, María es la hermosa luna cuando sale muy grandiosa en el horizonte, como si al modo de poderosa reina viniera de visitar a otros mundos.

A la manera que un viajero que anda errante y perdido por entre las selvas, se va llenando de tanta tristeza y tan profunda y universal, que no puede apreciarse, y se llena de la mayor confianza cuando la luna comienza a guiarlo con su plateada luz; así sucede con el moribundo. ¡Qué dolores los suyos! Un frío sudor baña todo su cuerpo; una amarillez mortal viste todos sus miembros; un mirar lívido e irresoluto lo acompaña en todo; las lo abandonan y le parece que se va a morir. Pero si hallándose en estas tinieblas aparece la luna de María; ¡Ah! No hay paz que pueda compararse con esta paz.

¡Qué obsequiosa se presenta a sus devotos! ¡Cómo les quita casi toda la extensión e intensidad del dolor! ¡Cómo les apaga casi todas las llamas de los remordimientos! ¡Cómo se les aparece gloriosa y majestuosa! ¡Cómo les revela el día de su muerte!

¿Y de donde viene un patrocinio tan particular? Sí todo, todo es efecto glorioso a favor de los fieles que acostumbran rezar el Ave María; comencemos, pues, desde ahora a rezar de un modo todo especial *el ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén, Jesús.*

⁸⁷ SAN BERNARDO, *Homilía 2 Super missus*. In *Glorias*, p. 41.

38. Que nos libre de las tentaciones del demonio ⁸⁸

El demonio procura la perdición de los hombres, según todo el poder del odio que tiene a Dios; por esto es que sus tentaciones son siempre de las más terribles. Aunque el demonio ha sido y será siempre, lector carísimo, tu capital enemigo, pero preciso confesar que lo es de un modo especial en la hora de la muerte.

Y a la manera que un capitán, en el instante que da el asalto decisivo, es cuando pone en movimiento todas sus armas, y hace que todos jueguen con la mayor velocidad, fortaleza y acierto que le es dable; así el demonio, que en la hora de la muerte nos asalta por última vez, se sirve de todas las pasiones, de todas sus asechanzas y engaños, y de todo lo malo y de todo lo bueno para perdernos para siempre, porque según la expresión del sagrado texto, conoce que el tiempo se le acaba.

De un siervo de Dios ⁸⁹ que había dejado el mundo, abandonado las riquezas y observado los santos votos, y cuyos ayunos eran rigurosos, y sus vigiliias continuas, sus penitencias austeras y su mortificación las más extendida y fervorosa, se dice: que en la hora de la muerte fue atacado tan bruscamente por el demonio, que dejó inseguros de su salvación a todos los circunstantes. Dios quiso que se exteriorizase la batalla de su espíritu, y todos los que lo vieron y oyeron, quedaron yertos de temor y angustia.

Pues reflexiona un poco, lector carísimo, lo que va a suceder contigo. ¿Qué te sucederá en aquel momento a ti que vives en el mundo? ¿A ti que apenas conoces la mortificación? ¿A ti que te espanta un solo ayuno, y dices que no lo puedes hacer? ¿A ti que en vez de actos de virtud tienes las horribles obras del pecado? Aquel era casto; y a ti deshonesto, ¿Qué te sucederá? Aquel era amante de la pobreza; y a ti que solo sueñas riquezas y abundancia ¿qué te sucederá? Aquel obedecía la ley de Dios y aun los consejos evangélicos; y a ti que apenas conoces a estos y faltas del todo a aquellos ¿qué te sucederá? ¿Pues qué remedio?

La devoción a María; la verdadera y sólida devoción a María. Comienza desde ahora por medio del rezo del Ave María; rézala bien, medítala bien, y te aseguro que esta sola práctica obrará en ti grandes cambios, dejarás tus pecados, te lavarás de tus manchas, y comenzarás esta vida de continuas salutations a María, de vivir según la gracia y aumentarla, de estar con el Señor de una manera toda especial, y de obrar con la dignidad y perfección que requiere un buen hijo de una tal Madre.

39. Y de los temores por los justos juicios de Dios

Tal es el temor de los temores, aquel que está fundado en los justos juicios de Dios. ¿Quién sabe, te dirás en aquel momento, si Dios me ha perdonado? Confieso que su misericordia es infinita; pero preciso es confesar también que no menos infinita es su justicia, y que además es esta de tal condición, que no puede perdonar delitos ni llorados ni obstante su infinita

⁸⁸ VD 51 ss.

⁸⁹ SAN ANDRÉS AVELINO, *Glorias*, p. 44.

bondad. Es ahí es que el tormento de la muerte, son los más terribles; las tentaciones diabólicas las más fuertes, y una angustia tan aflictiva que hace decir: *¡Quién sabe si moriré bien!* Todo esto es más exacto, porque para morir bien es necesaria la perseverancia final, y esta virtud es de tal naturaleza, que Dios no la debe a nadie.

En efecto; la perseverancia final trae consigo un conjunto de gracias tan apreciables y superiores, que ni el mérito de todos los ángeles juntos es suficiente para merecerla ni siquiera a un solo individuo. Esta gracia, Dios a nadie la debe de justicia, porque ella es pura misericordia, y es gracia que no hay ningún santo que se la haya merecido. Pues si a los santos no la debe Dios, ¿Cuánto menos la deberá a ti que no eres santo? No quiero hablar de aquellos rematados pecadores que están completamente encenegados en la culpa; sino que llamo la atención sobre tantos otros que siendo cristianos viven como si no lo fuesen; aparecen en lo exterior unos verdaderos católicos mas en su interior son lobos rapaces.

Semejantes personas son cristianos de solo de nombre; han cometido innumerables pecados, y están faltos de buenas obras para asegurar su salvación. ¡Ay de mí! Han ocupado los días festivos en obras no santas; no han hecho un ayuno por temor de enfermarse; no dan la limosna a los pobres con la sencillez debida; han sido tan egoístas que han abandonado a los necesitados; su vida no ha sido tan casta como debiera, y frecuentemente obran según el amor propio y tentación.

¿Pues qué remedio para que a pesar de su vida semejante logren la perseverancia final? No: no hay otro remedio que la devoción a María; tómala, pues por tu Madre; y considérate desde este momento como su más obediente hijo. Toma a María por protectora y abogada, porque a la manera que en este mundo hacía el Hijo, lo que quería su madre; así ahora que está en el cielo, de una manera toda especial, logra de su Hijo lo que pide; porque no pide como hacen los criados; sino que sus peticiones son como una especie de mandato⁹⁰ semejante las ordenes que dan los señores a los esclavos: Por consiguiente, el verdadero devoto de María se salvará, si él obra según las consecuencias de tan amable devoción.

Ejemplifiquemos lo dicho con lo siguiente, acontecido a Carlos, hijo de santa Brígida.⁹¹ Este joven tomó la carrera de las armas, y su vida era más licenciosa que valiente. Su buena madre, que pedía siempre por la conversión de los pecadores, rogaba de una manera toda especial por su hijo. Entretanto una prematura muerte lo embiste, y cae muerto en medio de su juventud. La buena madre redobló sus ruegos al ver a su hijo en semejante peligro; y mientras estaba ejerciendo este acto de caridad, se le aparece la santísima Virgen, la consuela, y le asegura que en su último momento había concedido a su hijo un dolor tal, que mereció ver a Dios sin pasar por el purgatorio; y que así se vio libre del eminente peligro que le amenazaba.

¡Oh santísima Virgen! nosotros nos alegramos de estas obras de tu diestra, porque nos aseguran que aun en la última hora puede el pecador alcanzar el perdón de sus pecados, si él se arrepiente bien de todos los que ha cometido; pero de él mismo también hemos de concluir, que

⁹⁰ VD 28

⁹¹ SANTA BRIGIDA, *Liber 7, Revelaciones, cap. 13*, in *Glorias*, p. 46.

en vano pone su confianza en María aquel que es falsamente su devoto; y lo son todos aquellos que voluntariamente permanecen en el pecado. ¡Infelices! Porque a la manera que el mal ladrón se perdió, así ellos se condenarán para siempre.

Seamos, pues, sus verdaderos devotos, y hagamos consistir nuestra devoción en saludarla con las palabras del arcángel, y en vivir según ellas; recemos pues, siempre el Ave María, y con la mayor devoción que nos sea dable, y obremos de modo que podamos estar siempre saludando a Masía santísima, siempre llenos de gloria, y multiplicándola aun de un modo semejante a la augusta Madre de Dios, y siempre teniendo al Señor por medio de la práctica de los actos más heroicos de virtud y perfección; dichosos nosotros, porque obrando así, iremos con María a gozar de las eternas delicias de la gloria.

Historiemos ahora todo lo dicho en una invitación que recibió santa Matilde, en fuerza de la cual concluimos de modo que el Ave María es después del Padre nuestro la oración más excelente de todas las súplicas que un cristiano puede dirigir a Dios, y que es de un modo especial una oración queridísima al purísimo e inmaculado Corazón de María.

He aquí lo que esta buena Madre dirigiéndose a su hija, santa Matilde le dijo: hija mía nada causa tanta alegría a mi corazón que la Salutación que me hizo el ángel de parte de Dios, cuando me dicen Ave María, me acuerdo de la honra que Dios me tributó cuando se dignó enviarme un arcángel de primer orden para que así me saludara.

Cuando se añade *llena de gracia* me acuerdo de las glorias sobre abundantísimas, de la que el Señor se dignó llenarme para disponerme a la divina maternidad de su Unigénito.

Cuando enseguida se me honra diciendo, *el Señor es contigo*, yo me acuerdo de la gran maravilla que asombró a toda la creación viendo al Verbo Eterno hecho carne en mi seno virginal.

Cuando oigo que me dicen, *Bendita tu eres entre todas las mujeres*, pongo entonces a mi presencia todas las bendiciones y todas las alabanzas que me han dirigido los cielos y la tierra al ver y considerar en mí la suprema dignidad de Madre de Dios.

Y cuando oigo las palabras, *bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*, se renueva entonces en mi corazón la santa alegría que llenó mi corazón al verme íntimamente unida con mi Dios y Señor Redentor del mundo.

En fin la conclusión del Ave María en la que la Iglesia iluminada por el Espíritu santo me declara la santa, la Madre de Dios, la que ruega por los pobres pecadores ahora, en el tiempo, y de un modo especial en la hora de la muerte de cada uno, entonces me siento obligada de un modo especialísimo a rogar por los pecadores y por los justos, y portarme para con ellos como verdadera Madre del Redentor.

Tabla de Contenido

Explicación del Ave María

Apuntes de José María Vilaseca sobre el libro Explicación del Ave María y de la Salve, en manuscrito Libro de cuentas de la Biblioteca Religiosa, 1870; original AGMJ, Fundador, Manuscritos.

1a. edición: El Ave María y la Salve explicadas por un sacerdote de la Congregación de la Misión de la casa de México, Imprenta de Andrade y Escalante, Bajos de san Agustín número 1, México, 1866, pp. 1-88.

Solicitud de la licencia de impresión: José María Vilaseca, Cuernavaca, 9 de enero de 1866.

Pase a la censura: José Joaquín Uría, Pro-Secretario, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Dictamen del censor: Tomás Barón, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Licencia de impresión: José Joaquín Uría, Pro-Secretario, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Indulgencias:

Prólogo de la primera edición en 1866.

2a. edición: Explicación del Ave María y de la Salve, Imprenta Religiosa de Miguel Torner y Compañía, 1ª de san Lorenzo número 6, México, 1883, pp. 1-86.

Licencia de impresión: José Joaquín Uría, Prosecretario, Cuernavaca, 10 de enero de 1866.

Prólogo de 1883.

3a. edición: El Ave María y la Salve explicadas por un sacerdote de la Congregación de la Misión de la casa de México, Imprenta hijas de J. F. Jens, san José el Real 12, México, 1901, pp. 1-88.

Capítulo 1. Ave María

1. Oración a la santísima Virgen María
2. ¿Qué es el Ave María?
3. ¿Qué decimos a la Virgen diciéndole: Ave María?
4. Le recordamos que es nuestra medianera y abogada
5. Que es nuestra verdadera luz
6. Devoción al Ave María

Capítulo 2. Llena eres de gracia

7. ¿Qué decimos a María saludándola llena de gracia?
8. Le decimos que es la primera entre las criaturas
9. Que posee eminentemente todas las gracias de las criaturas
10. Que es suya toda la gracia que Dios nos concede
11. Devoción a los novenarios

Capítulo 3. El Señor es contigo

12. La mayor felicidad de María
13. María tiene consigo al Señor antes de su nacimiento
14. Lo tiene consigo durante su vida
15. Lo tiene consigo después de esta vida
16. Devoción al santísimo Rosario.

Capítulo 4. Bendita tú eres entre todas las mujeres

17. Se compara la bendición de María con la de algunas santas
18. María santísima, bendita entre todas las viudas
19. Bendita entre las casadas
20. Bendita entre todas las vírgenes
21. Devoción al ayuno

Capítulo 5. Bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús

22. Excelencia de la maternidad divina
23. María santísima desde el primer instante de su concepción inmaculada tuvo un conocimiento perfecto de su futura elevación
24. María si es Madre de Dios es la criatura más semejante a Jesucristo verdadero Dios
25. Devoción a la medalla milagrosa

Capítulo 6. Santa María, Madre de Dios

26. Santidad de María
27. Si es Madre de Dios, conviene en la dignidad de Dios
28. Si es Madre de Dios tiene la administración de todos sus bienes
29. Devoción a las visitas de María

Capítulo 7. Ruega por nosotros, pecadores

30. ¿Qué es María con relación a nosotros?
31. Ruega a Dios para que nos convirtamos
32. Ruega a su Hijo para que nos perdone
33. Nos reviste de la gracia
34. Devoción al escapulario azul celeste

Capítulo 8. Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén, Jesús

35. Importancia de este capítulo
36. Pedimos a María que en nuestra última hora nos libre de los enemigos
37. Que nos libre de las angustias de la muerte
38. Que nos libre de las tentaciones del demonio
39. Y de los temores por los justos juicios de Dios